



libros del
Zorzal

Caroline Fourest

GENERACIÓN OFENDIDA

De la policía de la cultura
a la policía del pensamiento



CAROLINE FOUREST

Generación ofendida

De la policía de la cultura a la policía del pensamiento

Traducido por Agustina Blanco

Libros del Zorzal

Introducción

En mayo de 1968, la juventud soñaba con un mundo en el que estuviera "prohibido prohibir". Hoy, la nueva generación solo piensa en censurar aquello que la agravia u "ofende".

En Estados Unidos, basta con pronunciar "ofender" para apagar una conversación. Como parte de una necesaria reflexión para limpiar el vocabulario de sus escorias vejatorias para con las mujeres y las minorías, lo "políticamente correcto" parece fundirse con la caricatura liberticida que sus adversarios conservadores le predijeron desde el principio, inclusive antes del actual descarrío. Una ganga con la que estos se frotan las manos, pues les concede el bello rol de ser los campeones de las libertades.

Antaño, la censura venía de la derecha conservadora y moralista. Ahora, brota de la izquierda. O, mejor dicho, de cierta izquierda, moralista e identitaria¹, que abandona el espíritu libertario y se la pasa lanzando anatemas o edictos contra intelectuales, actrices, cantantes, obras de teatro o películas. ¡Si al menos se alzara contra los verdaderos peligros, la extrema derecha y el repunte del deseo de dominación cultural! Pero no. Polemiza por nada, vocifera y se enfurece contra celebridades, obras y artistas.

La actualidad desborda de disparatadas campañas que se llevan a cabo en nombre de la "apropiación cultural". Hay quienes se sublevan contra Rihanna por llevar trenzas calificadas de "africanas". Hay quienes llaman a boicotear a Jamie Oliver por un "arroz jamaiquino". En Canadá, unos estudiantes exigen la supresión de una clase de yoga para no "apropiarse" de la cultura india. En los campus universitarios estadounidenses, unos alumnos controlan los menús asiáticos en los comedores, cuando no se niegan a estudiar las grandes obras clásicas que contienen fragmentos "ofensivos".

1 Mark Lilla, *La Gauche identitaire*, París, Stock, 2018, p. 31.

En adelante, dentro de ese templo del saber que es la universidad, impera el terror a comer y hasta a pensar. La más mínima contradicción ofusca y se vive como una "microagresión", a punto tal de exigir "safe spaces". Espacios seguros, entre pares, donde se aprende a huir de la alteridad y el debate. El mismísimo derecho a expresarse está sujeto a autorización, según el género y el color de piel. Una intimidación que llega hasta el despido de profesores.

Francia resiste bastante bien. Sin embargo, inclusive allí existen grupos de estudiantes que se indignan contra exposiciones, obras de teatro, a punto tal de impedir sus representaciones o de prohibir físicamente el acceso de algún conferencista que les desagrada, llegando a veces a romper sus libros. Autos de fe que nos recuerdan lo peor.

Esa policía de la cultura no viene de un Estado autoritario, sino de la sociedad y de una juventud que procura ser "woke", despierta, por ser ultrasensible a la justicia. Lo cual sería estupendo si no cayera en la asignación de categorías o en un modo inquisitorio. Los millennials están ampliamente comprometidos con esa izquierda identitaria que domina la mayoría de los movimientos antirracistas, LGBTI, y que inclusive divide al feminismo. A menos que se produzca un sobresalto, su victoria cultural pronto será completa. Sus redes de influencia crecen en el interior de los sindicatos, las facultades, los partidos políticos, y ganan el mundo de la cultura. Sus conspiraciones pesan cada vez más en nuestra vida intelectual y artística, y el coraje de resistir escasea. De manera que vivimos en un mundo rabiosamente paradójico, donde la libertad de odiar jamás ha estado tan fuera de control en las redes sociales, pero la libertad de hablar y pensar jamás ha estado tan vigilada en la vida real.

Por un lado, el comercio de la incitación al odio, la mentira y la desinformación prospera como nunca, protegido en nombre de la libertad de expresión, gracias al laxismo y la desregulación. Por el otro, basta con un pequeño grupo de inquisidores que se digan "ofendidos" para obtener las disculpas de una celebridad, la no publicación de un dibujo, hacer que se retire un producto o se saque de cartel una obra de teatro. Esas polémicas trazan auténticas líneas de fractura dentro del antirracismo y entre las generaciones.

Ayer, los minoritarios peleaban juntos contra las desigualdades y la dominación patriarcal. Hoy, pelean por saber si el feminismo es "blanco" o "negro". La lucha de "razas" ha suplantado la lucha de clases. "¿Desde donde

hablas, camarada?". Esta frase, que se enunciaba para hacer sentir culpable al otro en función de la clase social, ha mutado en control de identidad: "Dime cuál es tu origen y te diré si puedes hablar!".

Lejos de impugnarlas, la izquierda identitaria valida las categorías que priorizan el componente étnico, propias de la derecha supremacista, y se encierra en ellas. En lugar de buscar un carácter mixto y mestizo, fracciona nuestras vidas y nuestros debates entre "raceados" y "no raceados", enfrenta a las identidades unas contra otras, termina colocando a las minorías en competencia. En lugar de inspirar un nuevo imaginario, renovado y más diverso, censura. El resultado es visible: un campo intelectual y cultural en ruinas. Que beneficia a los nostálgicos de la dominación.

Por mi profesión, periodista y cineasta, excolaboradora de Charlie Hebdo, temo por la libertad de creer, de pensar, de dibujar y hasta de burlar. Todas esas facetas de mi identidad nutren mi análisis sobre el equilibrio que ha de encontrarse en materia de libertad de expresión e igualdad.

Este libro espera hallar una vía de escape². No se trata de añorar los viejos tiempos en los que uno podía descargarse contra homosexuales, negros y judíos. Ni de servir de aval a aquellos que confunden el deseo de igualdad con una fantasmagórica "tiranía de las minorías".

Arranqué mi derecho a amar de esos insultos homofóbicos que oí a lo largo de toda mi infancia y adolescencia. Mis primeros combates fueron contra el sexismo, la homofobia y el racismo. Como presidenta del Centro Gay y Lesbiano, llevé adelante una batalla a favor del antecesor del Matrimonio para Todos³ y, por haberlo defendido, recibí una paliza de unos esbirros al grito de "tortillera de mierda". La batalla por la igualdad me forjó, pero adhiero furiosamente a la lucha por la libertad.

² Se inscribe en la continuidad de la alerta que ya expresé en 2006 en *La Tentation obscurantiste*, la reflexión sobre la crisis del multiculturalismo en *La dernière utopie* y el llamamiento a defender la libertad de expresión en *Éloge du blasphème* (Grasset).

³ Se refiere al Pacto Civil de Solidaridad (PACS), contrato que firman dos personas mayores de edad, de igual o distinto sexo, a modo de unión civil. [N. de la T.]

Una jauría de inquisidores

Como toda tempestad, los malos vientos de la Inquisición moderna siempre comienzan a soplar en las redes sociales. Lugar de libertad, Internet también es el lugar de todos los juicios. Allí el descontrol es anónimo, se lincha ante la más mínima sospecha. Una jauría de trolls furiosos, a los que la filósofa Marylin Maeso llama "los conspiradores del silencio"⁴ por cómo consiguen amordazarnos. Estamos viviendo el advenimiento de ese "mundo de siluetas", ese mundo de engaños que temía Albert Camus⁵. La tiranía de la ofensa reina por doquier, como preludio de la ley del silencio.

Basta con escribir "Cultural appropriation" en Google, concepto que se insinuó en el debate público hace tan solo una década, para contabilizar 40.200.000 resultados. Un diluvio.

Las primeras cazas con perros comenzaron con el cambio de siglo. Una hermosa mañana de noviembre de 2012, Heidi, una madre de familia americana, descubre que está siendo insultada e injuriada por Internet. ¿Su crimen? Haber organizado un cumpleaños temático japonés para su hija. El día anterior, había esparcido flores de cerezo sobre la mesa, había servido té en tazas tradicionales y había trocado sus cubiertos por unos elegantes juegos de palitos. A las amigas de su hija les encantó ataviarse con kimonos y maquillarse como geishas y, desde luego, immortalizaron el evento con sus teléfonos celulares, para luego publicar sus fotos en las redes sociales. Pésima idea. Una manada de comentarios iracundos se dio cita en el after para estropear la fiesta y vilipendiar públicamente a la señora.

Un internauta la acusa de "yellow face", como si el hecho de maquillarse como una geisha por un cumpleaños tuviera la más ínfima relación con los tiempos de la segregación, cuando los actores blancos se disfrazaban de negros para mofarse de ellos desde el escenario. Se le recrimina educar mal a su hija: "¡Enséñales a tus hijos que eso está mal!". Aclaremos que todos los internautas ofendidos son estadounidenses. Los pocos participantes de origen japonés dicen sentirse apabullados... ante semejantes reacciones. Uno de ellos vive en Japón y no entiende la furia del indignado que dirige la acusación contra aquella madre de familia: "Las únicas personas que creen que la cultura no debería compartirse son los racistas como tú". Para él, "a

4 Marylin Maeso, *Les Conspirateurs du silence*, París, Éditions de l'Observatoire, 2018.

5 Albert Camus, "Le siècle de la peur", en "Ni victimes ni bourreaux", en *Combat*, 1948.

una gran mayoría de japoneses les gusta que otras personas se esmeren por apreciar la cultura japonesa. Lo fomentan". Un comentario que otros aprueban: "Esa fiesta es una forma de pasar por la experiencia de otra cultura".

Desconcertado por el simplismo del inquisidor estadounidense, otro de los internautas japoneses se pregunta: "¿Dónde colocas el límite de lo que está 'autorizado'? Si esa niña fuera de origen japonés, la fiesta estaría bien? ¿Solo estás autorizado a preparar una pizza si vives en Italia?".

La pregunta da en el clavo. Pero la jauría da miedo. Cada vez más padres consultan en línea para saber qué es "correcto hacer para Halloween", aterrorizados ante la idea de ser injuriados como Heidi. El mismo año, otra madre de familia pregunta a sus amigos en las redes sociales si puede organizar una fiesta temática Moana, como guiño al dibujo animado que ensalza a la heroína polinesia. La mujer aclara que en su familia "somos muy blancos y muy rubios". Improvisando el papel de jefe de familia virtual, un internauta decreta la "celebración cultural" no es "apropiación", siempre y cuando los niños no apelen a la "brown face" (oscurecerse la tez). Otra madre recalca que ve a muchas niñas disfrazarse de Frida Kahlo para Halloween y que "no le resulta irrespetuoso". Lo único que espera es que esas chicas sepan quién era la pintora "y que esta no se resume a una ceja única y a unas bonitas flores". No hay nada menos seguro. En el país del juicio por "apropiación cultural", de lo que menos se apropia la gente es de la cultura general.

¿Cómo explicar semejante inflamación de las polémicas? La chispa surge de una visión por demás confusa del antirracismo, y la amplitud del linchamiento, por su parte, proviene de nuestras nuevas modalidades de debate y del fenómeno jauría 2.0. Con las redes sociales, ya no hay necesidad de crear movimientos, fabricar pancartas ni salir a la calle con frío para protestar. Podemos manifestarnos desde el calor de nuestras casas y protegidos por el anonimato. Ergo, los motivos de indignación son lógicamente más cuantiosos y, a veces, más fútiles también. Ya no nos tomamos el tiempo necesario para digerir o respirar antes de gritar. Al más mínimo desacuerdo, ante la más ínfima picadura en nuestra epidermis —por más microscópica que sea, chillamos a través de nuestro teclado. Sobre todo si un "amigo" virtual o un miembro de nuestra tribu digital lidera la acusación. Nos

integramos uniendo nuestros gritos indignados al círculo de los ofendidos.

Pocas veces la identidad virtual habrá definido tanto nuestra identidad real. Según Clément Rosset, "la identidad prestada", esa "imitación del otro", permite "que la personalidad se constituya"⁶. La generación actual se construye principalmente emulando a aquellos que linchan a los demás por Internet. Con tanto ímpetu que conformar una jauría protege. Con tanto revuelo que basta con decirse "ofendido" o "víctima" para llamar la atención. Una chispa, un mero posteo que vocifere la apropiación cultural son suficientes para hacerse amigos y hallarse en el centro de la actualidad. No importa la cantidad de lobos, puesto que la legitimidad viene del estatuto de víctima. No hay nada más glorioso que librar una lucha desigual.

Esa nueva relación de fuerzas resulta más bien simpática para combatir la injusticia, las multinacionales, desafiar a los dictadores y derrocar tiranos. La otra cara de la moneda es esa inflación de campañas absurdas y desproporcionadas contra madres de familia, miembros del jet set o artistas.

La interactividad digital obliga a la prensa en línea a reaccionar por todo, cada vez más rápido, con cada vez menos tiempo de reflexión. Ante el menor "storytelling" que ponga en escena a una minoría contra una mayoría, aparece una página, un blog y hasta un medio transmitiendo el pico de fiebre. Los periodistas de las redacciones digitales son particularmente aficionados a ello. Por una sencilla razón. Es un tema fácil de escribir, en poco tiempo, lúdico y que provoca reacciones. Auténticos "ciberanzuelos", ideales para causar un incremento en el contador de visitas y, por ende, en los recursos de una prensa económicamente frágil.

Si agregamos que ya ningún colaborador, que a menudo es un pasante, tiene tiempo, o siquiera el reflejo, de discriminar entre lo significativo y lo insignificante, es entendible que exista tal cantidad de notas dedicadas a la más mínima conmoción. Sobre todo, si atañen a las celebridades. Lo cual no sería grave si el enojo no fuera totalmente artificial y si esa jauría, a veces en realidad un grupúsculo, no ganara el caso de manera casi sistemática. Es decir, disculpas o censura.

6 Clément Rosset, *Loin de moi*, París, Les Éditions de Minuit, 1999, p. 41.

La apropiación cultural, esa nueva blasfemia

Una anécdota me sirvió de disparador para escribir este libro. Una llamada telefónica de mi amiga Tania de Montaigne, a quien habíamos convocado para la colección que dirijo en Grasset junto a Fiammetta Venner, Nuestras heroínas, cuya ambición es resucitar a ciertas mujeres olvidadas. Una auténtica relectura feminista de la historia. Tania escogió a Claudette Colvin, una de las primeras mujeres negras que se negó a ceder su asiento a un blanco en un bus, mucho antes que Rosa Parks.

Con ese libro, seguido de un ensayo, Tania iba a recorrer las aulas para combatir tanto el racismo como la asignación cultural⁷. En el momento en que me llama, Noire está siendo adaptado al teatro y pronto saldrá en forma de cómic. Un éxito que le permite esperar que las miradas se abran. Pero acaba de alzarse una frontera inesperada. Oigo su voz y reconozco el hastío que nos une frente a aquellos que solo ven el mundo a través del color de piel, sea esta blanca o negra.

-No la quieren llamar Noires -me dice, exhausta. - ¿Quién?

-Una responsable de compras de la editorial que publica el cómic. Dice que no podemos llamarla Noire si queremos venderla al mercado angloparlante.

-¿Pero por qué? Es el título del libro.

-Porque la ilustradora es blanca. Temen que se los acuse de apropiación cultural.

-¿Estás bromeando?

-No te imaginas como me gustaría que fuera una broma... Estallamos de risa, una risa que quisiera llorar.

-Pero la autora eres tú, y encima el libro trata el racismo antinegro... ¿Cómo lo quieren llamar?... ¿Blanche??

-Cualquier cosa, menos Noire.

Cortamos, convencidas de que el mundo está loco. Identitario a más no poder. Aclaremos que esos vientos de pánico muchas veces vienen de los empleados blancos, que prefieren anticipar el más mínimo enfado. Por esta vez, afortunadamente, la editora mantuvo la calma y dio la razón a la autora. El libro se llamará, pues, Black. Quedamos más tranquilas. Ligeramente más tranquilas.

Así y todo, pretendo entender ese arranque de pánico. Habría entendido que la palabra "negra" supusiera un problema

⁷ Tania de Montaigne, L'Assignation. Les Noirs n'existent pas, París, Grasset, 2018. * En español, negra. [N. de la T.]

en un idioma habituado a decir "afroamericana"⁸. Pero ese no es el meollo de la cuestión. Aquí, el temor es que una ilustradora blanca pueda firmar un álbum contra el racismo antinegro. Como si su color de piel le prohibiera rozar el tema.

Me parece bien que desconfiemos de aquellos que comercian con el antirracismo de forma deshonesto. Son numerosos, y no todos son blancos. Entiendo que se pueda reprochar a Rachel Dolezal, una activista que se opone a la apropiación cultural, el haber hecho creer durante años que era afroamericana, cuando en realidad era más WASP (Blanco, anglosajón y protestante) que los WASP y se cubría de autobronceante para pasar por víctima cardinal del racismo que denunciaba. Pero lo cierto es que un blanco debería sentirse autorizado a publicar o ilustrar libros contra el racismo, sin que se le recrimine su color de piel.

El objetivo máximo del antirracismo no es existir como víctima, sino erradicar los prejuicios. ¿Cómo esperar derribar los estereotipos y hacer crecer el círculo de personas lúcidas si proseguimos con este viejo reflejo que consiste en juzgar a seres y almas en función de su tez?

En el caso de aquel cómic, la ilustradora blanca, Émilie Plateau, puso todo su corazón y su talento, no porque esperara enriquecerse (cosa rara en el mundo de la edición francesa), sino porque el texto la conmovió y quiso actuar a su modo. Al publicar un álbum inspirado en el texto de Tania de Montaigne, quien es citada en la tapa, no se está apropiando de su obra, o sí, pero para rendirle homenaje. Exactamente como Tania se apropia de la vida de Claudette Colvin y de su dolor, no para robárselo, sino para darlo a conocer a las jóvenes generaciones. Tal apropiación es absolutamente necesaria. Es un compartir que nada tiene que ver con el saqueo ni con la "apropiación cultural", esgrimida de manera tan abusiva que llega a erigir barreras entre los seres, a asignarlos a categorías, cuando no a censurar obras.

— Es más, ¿a qué alude semejante noción?

Si nos atenemos a la referencia de Oxford, la "apropiación cultural designa "el acaparamiento de formas, temas o prácticas creativas o artísticas por parte de un grupo cultural en detrimento de otro". En un principio, se

⁸ Resulta que en Francia, muchas de las personas que dicen ser negras son más a menudo oriundas de las Antillas que de África, o fruto de mezclas. El término "noir" (negro), imperfecto, sigue entonces siendo utilizado sin chocar, al contrario del vocablo "nègre", claramente racista y que ha quedado descartado del vocabulario común.

trata de detectar los casos de "apropiaciones occidentales de formas no occidentales o no blancas, con fines de explotación o dominación". El artículo de Oxford nos da el ejemplo, preciso y convincente, de museos occidentales que aprovechan artefactos, como los bronce de Benín, muchas veces adquiridos en dudosas circunstancias. En ese caso, en efecto, la apropiación no es un homenaje, sino un saqueo.

El juicio por "apropiación" conserva todo su sentido si nos basamos en esa precisa definición citada: la intención de explotar o dominar. Tal es el caso de obras saqueadas por la colonización, un patrimonio africano que Francia restituye a cuentagotas. Pero el debate desvaría seriamente cuando nos ponemos a ver "apropiación" por doquier, inclusive cuando la intención es simplemente celebrar el pluralismo cultural. Hasta negar la imitación o la mezcla, en música, en cocina o en la moda. Hasta anquilosar el debate de ideas y acotar la creación artística.

Esta deriva se la debemos ante todo al radicalismo separatista del Black feminism, pero no solamente. El deslizamiento, -¿cabrá aquí hablar de apropiación? se encarna en abogada blanca, poderosa y conocida, llamada Susan Scafidi. Profesora en la Universidad Fordham, su especialidad es proteger de cualquier imitador tanto la moda como a los diseñadores. Su aproximación comercial determinará su definición del concepto de apropiación cultural, al punto de conferirle un sentido demasiado laxo en un libro, *Who Owns Culture?*, publicado en 2005 y desde entonces citado como referencia.

Inspirada en su reflexión profesional sobre el copyright, la definición de Susan Scafidi se aleja del círculo acotado que traza Oxford. Según ella, la apropiación cultural designa el hecho de "adueñarse de la propiedad intelectual, del saber tradicional, de las expresiones culturales, de los artefactos de la cultura de otro sin su permiso". Como quien no quiere la cosa, en pocas palabras, hemos dejado en el camino la intención de "dominar" o de "explotar". Lo cual, sin embargo, es crucial.

En adelante, basta con que un grupo tome prestada "la cultura de otro" para cometer un acto de dominación cultural en sí mismo. Esto incluye, siempre de acuerdo con la abogada, "el empleo no autorizado de la danza, la manera de vestir, la música, el idioma, el folclore, la cocina, la música tradicional y los símbolos religiosos", quedando los "objetos sacros" elevados al rango de cultura intocable. En nombre de tal veneración fue que se le reprochó a la marca de ropa

interior Victoria's Secret utilizar tocados indígenas -- considerados sagrados para sus modelos.

En otro orden de ideas y siguiendo esa lógica, los ilustradores ateos de Charlie Hebdo no tienen derecho a representar a Mahoma, sin incurrir en el doble pecado de blasfemia y "apropiación cultural". Lo cual les puede valer ser elegidos para la doble vindicta de los fanáticos y de ciertos antirracistas, ser linchados en la plaza pública, antes de ser asesinados.

Como si presintiera haber abierto caja de Pandora, Susan Scafidi no deja de aclarar que "hay más posibilidades de que la práctica sea dañina cuando la comunidad de origen es una minoría que ha sido oprimida o explotada, o cuando el objeto de la apropiación es particularmente sensible, como en el caso de los objetos sacros"⁹ Si leemos sus palabras con atención, empero, un homenaje cultural queda clasificado como potencial apropiación cultural, simplemente menos grave.

Tal matiz no tiene ninguna probabilidad de subsistir en una época en que las redes sociales se embalan. Así, se está abriendo la puerta a excesos de toda índole. Dado que el criterio ha dejado de ser la intención -querer explotar o dominar el mero hecho de mezclar inspiraciones culturales se torna sospechoso. La izquierda identitaria acaba de inventar un nuevo juicio de intenciones, cercano al juicio por blasfemia.

⁹ Susan Scafidi, *Who Owns Culture? Appropriation and Authenticity in American Law*, Nueva Jersey, Rutgers University Press, 2005.

Madonna a la hoguera

"Like a Prayer" encendió mi imaginario de adolescente. En aquel clip, la madona del pop se menea al estilo góspel en un vestido púrpura, con un infartante escote. Desafiando las cruces de fuego del Ku Klux Klan, libera de su cárcel a un Cristo negro, injustamente arrestado, y lo besa en un fogoso arrebató. Un manifiesto incandescente y casi litúrgico contra el racismo, que le valió convertirse en la peor pesadilla de la derecha religiosa y supremacista.

Estamos en 1989, año de todas las hogueras, la del caso Rushdie, la del caso Scorsese. Ciertos integristas cristianos juran quemar La última tentación de Cristo por blasfema y hasta incendian un cine en Saint-Michel. "Like a Prayer" llega como una bola de fuego. El papa en persona llama a boicotear a la cantante y algunos católicos desaforados presionan a sus sponsors. Pepsi se retira de la gira. A la madona le da igual. Con una aureola de azufre, su canción se coloca a la cabeza de los rankings mundiales. La época se vuelve loca con esas provocaciones que ofuscan a los reprimidos. No hay nada más rockero que estar condenado a la hoguera..

Treinta años después, cambio de disco y de tiempos. Esta vez, no son los conservadores los que apuntan con el dedo a la madona por "blasfema", sino los progresistas, que la maldicen por "apropiación cultural" en el marco de un fallido homenaje a Aretha Franklin durante los MTV Awards.

La reina del soul acababa de morir, y la reina del pop subió al escenario con una insólita túnica beréber, cargada de joyas plateadas y pulseras de colores, la frente ornamentada con trenzas rubias. Se le recrimina menos su atuendo que el haber hablado tanto de sí misma. Pronunció un largo, muy largo monólogo, en el que cuenta sus años de infortunio en Detroit, ciudad donde creció, al igual que Aretha Franklin. ¿Era atinado comparar ambos guetos, realidad seguramente más violenta para una joven negra que para una joven blanca? La idea de Madonna solo era mencionar los puntos que tenía en común con la homenajeada. Pero la anécdota perduró.

Por lo demás, cuesta encontrar un nexo entre su atuendo beréber y los modelos chics, muy occidentales, de Aretha Franklin. No lo hay. Sencillamente es el atavío del último álbum de la cantante, su última fantasía en materia de look. Pero y más aún sus trenzas denominadas "africanas", son motivo de reproche. Uno tiene derecho a encontrarla más

excitante en baby doll púrpura. ¿Pero cabe por lo tanto lincharla por "apropiación cultural"? ¿Se le está enrostrando inspirarse en otras culturas? ¿Qué música no se inspira en otras? ese look,

El escritor inglés de origen indio Kenan Malik es uno de los primeros en ver en la apropiación cultural "una versión secularizada de la blasfemia"¹⁰. Él aboga por la mezcla, al mejor estilo Elvis Presley. No hace tanto tiempo, recuerda, las radios blancas se negaban a pasar las canciones de los pioneros del rock'n'roll, como Chuck Berry, clasificado como música "étnica". Advino el Rey. El rockero blanco democratizó el rock y lo sacó del gueto. Por más injusto que sea, tal imitación fue menester para reconocer, más adelante, el aporte de los rockeros negros. "Imaginemos que Elvis hubiera sido disuadido de apropiarse de aquella música supuestamente negra. ¿Habría eso provocado un retroceso del racismo o la eliminación de las leyes Jim Crow? Definitivamente no", persiste Malik.

La segregación musical jamás hizo retroceder el más infimo prejuicio. Al contrario, es la mezcla, la fuente misma de la creatividad, lo que permite componer un mundo común. Por lo mismo, se les endilgó a los Rolling Stones haber saqueado el repertorio de algunos bluseros negros que permanecieron en las sombras. Muddy Waters, que forma parte de los "saqueados", pronunció al respecto esta frase genial: "Me robaron mi música, pero me dieron un nombre". Sin los Stones, el blues jamás habría cruzado las puertas del gueto. ¿En qué mundo viviríamos si el blues fuera considerado "música negra" y solo se difundiera en radios "negras"? ¿A qué se parecería el pop si Madonna no se hubiera inspirado en el Voguing, aquel movimiento oriundo del gueto gay y latino, o del gospel? ¿Y si escuchara las críticas y limitara su inspiración?

Por suerte para nosotros, a la madona le importa un comino. "Oh, they can kiss my ass" (Que me besen el culo), declaró al Huffington Post: "No me estoy apropiando de nada. Me inspiro y hago referencia a otras culturas. Tengo ese derecho como artista. Se ha llegado a decir que Elvis Presley robó la cultura afroamericana. Pero es nuestra labor, como artistas, poner el mundo patas para arriba, con el fin de desconcertar y obligarnos a volver a pensarlo todo"¹¹. Bien dicho.

10 Kenan Malik, "In Defense of Cultural Appropriation", en The New York Times, 14 de junio de 2017.

11 Matthew Jacobs, "From Hell And Back, Madonna Lives To Tell", en Huff post, 13 de marzo de 2015.

Madonna puede permitírselo. Tiene espaldas, recursos y una carrera contundente. ¿Qué joven cantante tendrá tanto coraje? Al contrario de las cazas de brujas iniciadas en los tiempos de "Like a Prayer", las piedras de la "apropiación cultural" hoy son arrojadas por jóvenes liberales, ya no tan rockeros, que linchan y boicotean ante la menor sospecha. Ningún joven artista, menos aún una marca, puede darse el lujo de ignorar aquellos edictos digitales. Una compañía discográfica lo obligará entonces a deshacerse en disculpas frente al primer runrún negativo que circule.

A veces, esos enjuiciamientos alcanzan a los artistas hasta su tumba. Y aquí viene a cuento Johnny Clegg, el más afro de los cantantes blancos sudafricanos. El autor del mítico "Asimbonanga", un canto contra el apartheid con el que bailaba Nelson Mandela, no recibió únicamente flores en su entierro. Mientras el African National Congress (ANC) le rendía un vibrante homenaje, no faltaron activistas franceses y americanos que lo acusaron de haber vivido de la apropiación cultural.

Por lo visto, si eres blanco no es bueno que te guste una cultura ajena. Como escribe la ensayista Fatiha Boudjahlat: "No te cae bien, eres racista. Te cae bien, eres racista". Y concluye en un impasse absoluto, en una época trastocada: "Hoy en día, Mandela sería calificado de siervo doméstico".

Malditas trenzas

Es imposible contar la cantidad de celebridades que se vieron obligadas a deshacerse en disculpas por haberse atrevido a lucir un peinado afro, rastas o unas simples trenzas calificadas de "africanas". Aunque habituada a provocar, Kim Kardashian quedó petrificada tras recibir una paliza de críticas a raíz de una foto suya con trenzas rubias publicada bajo el epígrafe de "Bo West". Un guiño a la actriz Bo Derek, que tuvo la suerte de pasar de moda antes de la época de los juicios por "apropiación cultural". Pharrell Williams ya no estaba tan "happy" luego de que lo mitridatizaran por haber posado en la tapa de Elle con un tocado indígena. Un cantante afroamericano no tiene por qué creerse amerindio... Lana Del Rey rozó la lapidación por haber reproducido los códigos de la estética chola, el universo de los guetos latinos, en su cortometraje Trópico. Todos ellos expresaron lo mucho que lo lamentaban.

La palma de la disculpa más patética le cae en suerte a la cantante Katy Perry, también en su caso por haber posteado una foto en Instagram donde se la ve con trenzas rubias. Su look evoca más bien el tocado ucraniano o, llegado el caso, nos recuerda a Khaleesi, la madre de los dragones en Game of Thrones. Pero como los ucranianos están bastante ocupados con los rusos y los dothrakis están poco representados en la vida real, los profesionales del juicio por "apropiación cultural" solicitaron que Katy Perry se disculpara ante los afroamericanos.

Dado que los comentarios desagradables se acumulaban en Internet, el entorno de la cantante deseó que esta diera una entrevista de contrición a un activista del movimiento Black Lives Matter. Allí, la cantante casi que se flageló en directo por haber osado lucir ese peinado a pesar de sus "privilegios de mujer blanca". "No estuvo bien", expía con una constante lágrima en la comisura del ojo y relata que jamás tuvo conciencia de la gravedad de su gesto. Hasta que una amiga negra la volvió a poner en el buen camino: "Mi amiga me explicó de qué se trataba el poder del peinado africano, qué tan bello era y cuánta energía exigía". Pasaremos en ese acto a la glorificación de la belleza negra en modo exótico y nos quedaremos con la idea de las mujeres blancas no tienen la energía requerida... ¿para lucir trenzas ucranianas? que

Lo que sigue de la entrevista es todavía más desolador. Con una voz temblorosa, Katy Perry explica con la mayor

seriedad del mundo que el color de su epidermis le impide identificarse con una mujer negra que lleva trenzas: "Nunca podré entender lo que eso representa, por ser quien soy.

Pero puedo intentar educarme". Una exigencia de reeducación aprobada por el activista de Black Lives Matter que está confesando. Es más, cada tanto lo toca, cual tótem, con el fin de obtener su anuencia. Aclaremos que Katy Perry dio aquella entrevista con el cabello casi rapado, rubio con manchas azules. Los pitufos no entablaron demanda alguna por "apropiación cultural". Mismo problema que respecto de los dothrakis... Falta de representación en la vida real.

Al final, el video dura dos interminables minutos que incomodan a más no poder. Toda la puesta en escena es deprimente. Parece el confesionario de una secta. Una suerte de Ku Klux Klan a la inversa, donde los maestros de ceremonia enseñaran a las jóvenes muchachas blancas a jamás identificarse con los negros y sus sagradas trenzas.

La caza con perros no se detiene en los tocados. Sedientos de pureza, los inquisidores también persiguen a las influencers que tuvieran la audacia de broncearse demasiado o de aumentar el volumen de sus nalgas para darse un aire más "black". Una tendencia denunciada bajo el nombre de nigger fishing: "pesca de negros". Aquellas que posan engañando su origen genuino se ven insultadas e intimadas a detallar su ADN.

Antaño, los blancos evitaban broncearse sobre todo para no asemejarse a los mestizos. Se cultivaba una tez de porcelana como signo de pertenencia a la alta sociedad. ¿Acaso no hay que alegrarse de que la tez mestiza esté de moda? ¿No es la prueba del triunfo del "Black is beautiful"¹² ¿Por qué quejarse por eso? Sería más valioso luchar contra los productos que blanquean la piel y la moda que consiste en alisarse el pelo a costa de arruinarlo. Definitivamente, el combate contra el odio de sí es más urgente que luchar contra el amor por los demás.

Todo esto sería motivo de risa si tal persecución no hubiera hecho correr ríos de caracteres y lágrimas por Internet. "Tu estrella predilecta es problemática", una página dedicada a taclear a las celebridades, a menudo por apropiación cultural, terminó no soportando a sus propios lectores. Tras lapidar a más de setenta y siete

12 Movimiento cultural iniciado en Estados Unidos en la década de 1960 por ciudadanos afroamericanos, que apuntaba a disipar la idea racista de que la tez, los rasgos y el pelo negros eran inherentemente feos [N. de la T.]

personalidades, el sitio web cerró dejando el siguiente mensaje a sus fans: "Get a life". Haz algo de tu vida.

Hecho tranquilizador: puede suceder que haya internautas que escriban para expresar lo ridículas que les resultan estas polémicas. En Francia, lo que causa polémica son justamente esas polémicas. En particular, cuando a los inquisidores 2.0 se les ocurrió la descabellada idea de arremeter contra Camélia Jordana por sus dreadlocks en la velada de los premios César. Aquella noche, la actriz de origen argelino, que también es cantante, subió al escenario para recibir el César a la mejor promesa femenina. Un trofeo que dedicó a su madre, quien abandonó la escuela demasiado pronto, y a todos aquellos que superan los obstáculos, sobre todo, el racismo. A todas luces, el mensaje no conmovió a la policía del look, pero la tempestad amainó enseguida y, contrariamente a las celebridades estadounidenses, Camélia Jordana no se disculpó.

El diseñador Marc Jacobs, por su parte, sí debió doblegarse. Por haber peinado a sus modelos con dreadlocks de todos los colores, desordenadas y rediseñadas: "Pido perdón por la falta de sensibilidad de la que he dado muestras sin saberlo". Agrega que quiere creer en la libertad de crear. ¿Pero entonces por qué se disculpa si la intención no es burlarse?

Si hay algo que criticarle a la moda es la falta de modelos mestizos, negros o rollizos en sus desfiles, y no el hecho de rizar el cabello de sus modelos blancos. La moda del pelo afro en los podios puede incentivar a generaciones de mujeres a dejar de alisarse y estropearse el cabello. Sería más bien un avance. Pero el progreso no es el objetivo de los inquisidores por "apropiación cultural". La meta de ellos es existir, y resulta que hoy en día existir es decirse "ofendido". Si hay algo que

Una postura, casi un oficio, en el que destaca Rokhaya Diallo, gran importadora de polémicas por "apropiación cultural". Activista profesional, eventualmente modelo de joyas, jamás pierde la ocasión para indignarse "en tanto mujer negra", para luego quejarse por verse reducida a su color de piel. Horrorizada de ver a blancas desfilando con cortes afro, reclama que se establezca un copyright. ¿Su sueño? Que a las diseñadoras africanas, e inclusive a las peluqueras africanas del barrio parisino de Château d'Eau, "se les acrediten" esos cortes, sin detallar exactamente como se reparte el porcentaje en cuestión. ¿Habrá que remunerar tan solo a las peluqueras negras, a todas las mujeres negras

que lleven cortes afro, o exclusivamente a su vocera improvisada?

Numerosas culturas alaban las trenzas finas, que con mayor probabilidad sean de origen indio o egipcio, y no africano o jamaquino. ¿En nombre de que algunas mujeres negras de Estados Unidos o Europa serían las únicas en poder reivindicar ese copyright? ¿Porque viven en países ricos y poderosos? ¿Acaso no es eso una forma de imperialismo cultural? Autora de *L'Assignation*. Les Noirs n'existent pas, Tania de Montaigne combate una y otra vez esa visión uniforme y exótica de la identidad. No entiende que se pueda hablar así, en nombre de todas las mujeres negras: "Entre Michelle Obama y una migrante eritrea, ¡ya no sé lo que es una mujer negra!".

Sutileza que parece escapar a la comprensión de los inquisidores de la nueva generación. O por lo menos a un grupo fundado por mujeres estudiantes de Ciencias Políticas: las "SciencesCurls". Sus militantes no luchan por proteger el planeta, los espacios en peligro, ni por reducir las desigualdades. No, tienen otras prioridades: "Promover las bellezas marginalizadas y discriminadas en la facultad, a través del prisma del cabello texturizado". La extrema derecha está en ascenso en toda Europa, los supremacistas blancos o islamistas casi todos los meses cometen atentados, el clima se está descalibrando, pero para ellas la angustia existencial que merece formar un grupo son sus cabellos texturizados. Y el hecho de prohibir a las mujeres blancas peinarse como ellas.

Su fundadora cree totalmente ofensivo" que una blanca pueda rizarse o trenzarse el cabello: "Es ofensivo porque las realidades culturales se ven completamente borradas y se tornan un entretenimiento. Es decir que mi cultura se convierte en un disfraz. Significa que se puede entrar en ella, salir de ella, es sumamente violento". Después de haber leído esta frase, uno busca qué superlativo elegir para calificar la violencia del apartheid o de la segregación. En la escala de Richter de las epidermis delicadas, los dramas parecen tener todos igual gravedad, trátase de un genocidio o de un corte de pelo. Pero lo más aterrador sigue siendo esa fobia a la mezcla cultural. Considerar "sumamente violento" el hecho de poder "entrar" en una cultura y "salir" de ella. Como si se tratara de una violación, y no de un mestizaje.

Estas mismas jóvenes, traumatizadas ante la idea de que los blancos adopten cortes afro, consideran lógico que las estudiantes blancas experimenten la sensación de llevar el

velo islámico durante el "Hijab Day". Una iniciativa concebida por círculos integristas y plasmada por los estudiantes de Ciencias Políticas, quienes propusieron a sus compañeras que, a lo largo de una jornada, hicieran la prueba de la "modestia" (sic)¹³ Curiosamente, ninguno de los inquisidores habituales vio allí la más mínima "apropiación cultural".

13 Nicolas Rinaldi, "'Hijab Day' à Sciences Po Paris : un rendez-vous manqué mais une provoc' réussie", en Marianne, 20 de abril de 2016.

La censura de obras antirracistas

Los inquisidores de la apropiación cultural no se conforman con perseguir a las celebridades, las marcas o los desfiles de moda. ¡Sucedee asimismo que exigen la censura de obras antirracistas!

Eso le ocurrió a la artista Dana Schutz con su cuadro *Open Casket*, inspirado en una célebre foto sacada en 1955 para denunciar la violencia contra un joven negro. Emmett Till, de 14 años, acababa de ser abatido. Su madre pide que mantengan el ataúd de su hijo abierto: "La gente debe ver lo que le han hecho a mi muchacho". La imagen de su rostro desfigurado conmueve. Que una artista, máxime siendo blanca, quiera reiterar esa alerta sesenta y un años más tarde demuestra que aquella madre tuvo razón en mostrar la cara deshecha de su hijo. Una inteligencia política que se ha perdido.

Ni bien el cuadro *Open Casket* se expuso en la bienal del Whitney Museum de 2017, provocó un escándalo. "¡Esa pintura debe irse de allí!", claman varios escritores afroamericanos en una carta publicada en la prensa. Entre ellos, Hannah Black exige que la obra directamente sea "destruida": "La pintura debería ser rechazada por todo aquel que se preocupe o finja preocuparse por los negros, pues es inaceptable que un blanco transforme el sufrimiento de los negros en ganancia y entretenimiento"¹⁴ ¿Qué entretenimiento?

Si nos atenemos a la lectura de aquella carta inquisidora, el ataúd abierto solo estaba dirigido a los negros: "Till fue puesto a disposición de los negros a título de inspiración y advertencia. Los no negros tienen que aceptar que jamás podrán encarnar ni comprender aquel gesto". La frase hiela la sangre. Por el mero hecho de tener determinado color de piel, una escritora se permite colocarse en el lugar de una madre que ha perdido a su hijo y volver a cerrar el cajón que ella había abierto con un ánimo político. Por el mero hecho de tener determinado color de piel, la artista-pintora blanca es juzgada incapaz de sentir el dolor de aquella madre. Su sensibilidad al racismo le es negada, y hasta recriminada! Para rematarla, quieren destruir su cuadro.

En los días siguientes, algunos manifestantes amenazaron con boicotear la bienal. A partir de allí, la exposición del cuadro se ve regularmente denegada por miedo a la polémica y

14 Alex Greenberger, "The Painting Must Go': Hannah Black Pens Open Letter to the Whitney About Controversial Biennial Work", en *Art News*, 21 de marzo de 2017.

las represalias. El mundo artístico entendió el mensaje: no denuncien el sufrimiento de las minorías, ¡o terminarán siendo acusados! Tal fue la suerte que cupo al escultor californiano Sam Durant. Su instalación, Scaffold, denunciaba el ahorcamiento de treinta y ocho aborígenes de Dakota en 1862. La obra estaba expuesta en el Walker Art Center de Minneapolis. Algunos amerindios no apreciaron que un blanco narrara lo que ellos consideran su historia. Tras meses de protestas y recriminaciones, el escultor claudicó. Desmontó su obra.

Los inquisidores de la apropiación cultural funcionan como los integristas. Su objetivo es conservar el monopolio de la representación de la fe, prohibiendo a los demás pintar o dibujar su religión. Es el funcionamiento que caracteriza a los dominantes. En el caso de la apropiación cultural, hay escritores, a veces artistas o activistas, que hacen uso de su calidad de minoritarios para imponer mejor su visión y su monopolio interpretativo.

La creación de unos no impide la creación de otros. Así y todo, esos activistas prefieren prohibir que crear ellos mismos. Un derecho del que creen gozar en virtud de su idea genética, evaluada superior por el sufrimiento de sus antepasados. Ese dolor padecido por otros les permite oprimir a terceros. Un confort de tirano. No es "el arte degenerado" de los nazis, sino un arte censurado en nombre de la genética. Una censura racista. No hay otra palabra para designar el hecho de querer prohibir una obra en razón del color de piel de su autor.

Por suerte, existen otros antirracistas que resisten.

Tal fue el caso cuando soplaron malos vientos sobre Exhibit B, una instalación para denunciar la tradición de los "zoológicos humanos" propuesta por un artista sudafricano blanco, Brett Bailey. ¿Su objetivo? Incomodarnos, forzándonos a deambular delante de una serie de cuadros vivientes. Diversas performances que retratan el horror colonial y esclavista. Una "Venus negra" presentada como un fenómeno de feria, una "odalisca" que se exhibe desnuda sobre el lecho de un oficial francés en Brazzaville. Otra cargando una cesta llena de manos cortadas por el colonizador belga, castigo que incumbía a los esclavos que no aportaban su cuota de látex. De esto nos enteramos gracias a la exposición. Mejor aún, sentimos cómo brota en nosotros la rabia y el rechazo. Esa es la potencia de una obra. Hacernos salir de nosotros mismos, para ponernos en el lugar de otro. Un viaje totalmente ajeno a los literalistas de la identidad.

Quédense tranquilos. Ninguno de ellos vio la muestra antes de exigir su censura. Todo comenzó con un simple artículo. Durante meses, la muestra se había montado sin problemas, de Viena a Bruselas, pasando por París. Todo cambió luego de una crítica de The Guardian, que la considera arriesgada y "controvertida"¹⁵ En las islas británicas, las galerías por su valentía. Justo después de los atentados de no brillan

Londres en 2005, el director de la Tate Gallery se apresuró en desprogramar una exposición satírica sobre el Talmud, el Corán y la Biblia. En París, ese tipo de censura escandaliza. Lo cual no significa que no haya pequeños grupos inspirados en el antirracismo anglosajón que intenten importar el terror cultural.

Al ver que la instalación Exhibit B regresaba a París en noviembre de 2014, la Brigada Antinegrofobia (BAN) hizo un llamamiento para manifestar frente al teatro Gérard Philipe de Saint-Denis, hasta derribar las vallas de seguridad, atacar al público y conseguir su anulación. Los entrevistados enrostran a su creador ser blanco y mostrar a los negros en situación de víctimas. ¿Acaso no es eso necesario para denunciar los "zoológicos humanos"? Especialista en el tema y en historia colonial, Pascal Blanchard dice estar atónito por este episodio: "Es casi como si se hubiera concluido que solo un negro puede comprender el racismo"¹⁶.

A pesar de las intimidaciones, la performance tuvo lugar, pero en otra parte, gracias a la valentía del Centro Dramático Nacional de Saint-Denis y del Centquatre, y bajo tensión. El productor y organizador de la gira no flaqueó: "Nos presentamos todas las noches. Con la policía antidisturbios delante del teatro para proteger a los espectadores". ¿Qué es lo que más le aflige? "La imposibilidad de desarrollar un debate estructurado con la gente que nos atacaba. Lo propusimos, pero en el fondo nadie tenía ganas de oír nuestra voz, la voz del artista y de quienes lo apoyaban"¹⁷

Negándose a dialogar, los manifestantes plantaron un campamento frente a la entrada. Con ellos allí, el Centquatre cobró el aspecto de una clínica sitiada por militantes antiaborto en Estados Unidos. Los escasos espectadores que asistieron a la muestra tuvieron que visitar la instalación

15 John O'Mahony, "Edinburgh's Most Controversial Show: Exhibit B, a Human Zoo", en The Guardian, 11 de agosto de 2014.

16 Guillaume Gendron, "Tous coupables d'appropriation culturelle?", en Libération, 23 de diciembre de 2016

17 Emmanuel Tellier, "Peut-on parler de moi sans moi?", en Télérama, 18 de septiembre de 2018.

bajo protección. Entre ellos, Lilian Thuram, famoso futbolista conocido por su compromiso contra el racismo, quiso juzgar por sí mismo. A la salida, conmovido, brindó todo su apoyo al artista y a Exhibit B, obra que le pareció "muy fuerte y muy perturbadora". Asimismo, ciertas organizaciones antirracistas conocidas por su deriva victimista, como la Liga de Derechos Humanos (LDH) o el Movimiento contra el Racismo y por la Amistad entre los Pueblos (MRAP), respaldaron la exposición.

Fue una de las primeras veces que una campaña de censura por motivo de "apropiación cultural" daba que hablar en Francia. A excepción de los extremistas identitarios, el frente opositor es unánime. ¿Pero hasta cuándo?

El "blackface" es un tema traumático en Estados Unidos. Maquillarse el rostro de negro viene de una sórdida tradición del teatro popular americano, el minstrel show, que hacía reír a los espectadores a costa de mofarse de las minorías. Hasta la década de 1930, era común caricaturizar a los personajes según su identidad: el judío venal, el irlandés alcohólico, el italiano delectable, el alemán huraño, el campesino bruto. Solo en épocas recientes de la historia de la humanidad hemos comenzado a reírnos de los racistas y los intolerantes. En tiempos de la segregación, los negros debieron aguantarse caricaturas particularmente abyectas. Había actores blancos que se oscurecían la cara y se dibujaban unos gruesos labios rojos para ridiculizarlos.

Se considera que el importador del "blackface" a Estados Unidos fue un inglés, Lewis Hallam Jr. En 1769, una obra denominada The Padlock, en la que este actúa de un sirviente caribeño que está siempre ebrio, llena las salas de Nueva York. Tal fue el éxito que otros actores, británicos y estadounidenses, comienzan a imitarlo.

Verdaderos "blackfaces" y falsos juicios

El "blackface" sigue estando asociado al actor "Daddy Jim Crow", tan famoso que dará su apodo a las leyes que restauraron la segregación. Esto habla mucho de la sensibilidad del tema, y con razón.

Difícilmente pueda uno maquillarse "de negro" en Estados Unidos sin conocer esa historia. En 2018, una célebre presentadora americana, Megyn Kelly, perdió su programa de la NBC... por haber aprobado a unos padres que no vieron ningún mal en hacerse un "blackface" para Halloween. Sus disculpas no bastaron. Una semana después del inicio de la polémica, quedó fuera de la televisión. Es entendible que la Ópera de Chicago haya reemplazado el papel del sirviente negro alcohólico por un sirviente irlandés alcohólico al momento de volver a estrenar The Padlock en 2007. Los irlandeses habrían podido sentirse ofendidos, pero el tema sigue siendo menos sensible y, por ende, menos arriesgado.

El miedo a las reacciones de la comunidad afroamericana a veces llega hasta la revisión de la historia. La Ópera Nacional de Londres y el Metropolitan de Nueva York proscribieron el uso de maquillaje negro para presentar Otelo, de Verdi. Inclusive se alzaron voces para exigir que el rol fuera interpretado por un tenor negro... cuando en realidad Otelo es un general moro, o sea, árabe. ¿Será este el futuro del teatro? ¿Reescribir las obras, los personajes y la historia por miedo a ofender? Con toda lógica, esa es la etapa que sigue a la intimidación. Si los inquisidores modernos no disuaden a los demás de hablar de su historia, es para poder reescribirla y confiscárselas. A veces, la manipulación llega hasta a apropiarse de la historia de los otros.

Tal es el caso cuando los afrocentristas llegan a convencer que los faraones egipcios eran negros. En una versión complotista, los egiptólogos blancos inclusive habrían roto la nariz de la esfinge, las momias y las estatuas, ¡para esconder tamaño secreto! Algunos extremistas lo creen. Así pues, en 2019, ciertos miembros de la Liga de Defensa Negra Africana exigieron la prohibición de una muestra sobre Tutankamón y su famosa máscara de oro. No por "blackface", sino por "whitening". ¡Blanqueo! Persuadidos de que el célebre faraón era negro, acusan al curador de la exposición de querer ocultar su origen africano. Y todo científico que atine a contradecir esa fantasía es de inmediato descalificado y tildado de racista. Un delirio que

consterna a egiptólogos como Bénédicte Lhoyer: "Esa teoría es obviamente un dislate, ya que entre los egipcios había todas las variantes de color de piel posibles"¹⁸. El análisis de los ADN de aquella época lo confirma. ¿Cuánto pesa la realidad científica e histórica en atención a las pasiones actuales? La generación de activistas de hoy ya no es capaz de imaginar que los egipcios, en tiempos de los faraones, fueran más abiertos y más mestizos que ellos.

La muestra de Tutankamón se mantuvo. En París, no es frecuente que triunfe la censura, lo cual no quiere decir que esa cautela perviva; están apareciendo algunas fisuras.

Las suplicantes, una obra de Esquilo, debía estrenarse el 25 de marzo de 2019 en la Sorbona, a cargo de la compañía Démococos, especializada en la interpretación de tragedias griegas. Las suplicantes narra el periplo de las danaides, un pueblo oriundo de Egipto y Libia, para solicitar asilo a los griegos. En pleno debate sobre los refugiados, mientras miles de migrantes mueren en el mar Mediterráneo, el tema no fue elegido por casualidad. La obra puede despertar conciencias. Pero ese mensaje no interesa demasiado a los "antirracistas" que atacaron el espectáculo. La representación no vio la luz. Unos cincuenta manifestantes identitarios negros impidieron, con violencia, que los actores y las actrices se prepararan. Algunos de ellos fueron raptados y lloraban. ¿Qué era lo que estaba en tela de juicio? La utilización de máscaras para actuar las danaides, como en la tradición antigua.

En la obra, sea cual fuere su color de piel y su identidad real, los actores que interpretaban a los griegos llevaban máscaras blancas, y aquellos que actuaban las danaides se peinaban el rostro para recubrirlo con una máscara cobriza. Los rasgos diseñados para aludir a los migrantes libios y egipcios eran sugestivos. Nos puede resultar grosero, podemos discutirlo, pero definitivamente no se puede reducir aquella tradición helénica a un vulgar "blackface". Ese es el problema de leer a través del prisma de la segregación. Se termina imponiendo una visión americanocentrista y anacrónica.

Exactamente el mismo drama aqueja a los militantes de la Liga de Defensa Negra Africana, de la Brigada Antinegrofobia y del Consejo Representativo de las Asociaciones Negras (CRAN), que militan en Francia como si vivieran en Estados Unidos.

18 Laureline Dupont, "Toutânkhamon, nouvelle victime du complotisme", en Le Point, 11 de abril de 2019.

Impactado por semejante violencia, el director de la obra les respondió mediante un magnífico mensaje que defiende el arte como antídoto a la asignación de categorías: "El teatro es el lugar de la metamorfosis, no el refugio de las identidades. Lo grotesco no tiene color. Los conflictos no impiden el amor. Aquí acogemos al Otro, nos convertimos en el Otro a veces, el tiempo que dure la representación. Para Esquilo, la escala de su puesta en escena es el mundo. En Antígona, elijo que los hombres desempeñen el papel de las chicas, a la antigua. Canto Homero y no soy ciego. En Niamey, los nigerianos hicieron de persas (eso está en la última película de Jean Rouch); mi última reina persa era negra de piel y llevaba una máscara blanca".

En pocas líneas, el artista supo desenmascarar a sus detractores. A diferencia de Londres o Nueva York, todo París acude en su auxilio. El presidente de Sorbona denuncia "solemnemente" lo que ha sucedido: "Impedir la representación de una obra de teatro, por la fuerza y la injuria, es una violación muy grave y totalmente injustificada a la libertad de creación. Se trata asimismo de un juicio de intenciones y de un contrasentido absoluto, contra los cuales la Universidad de la Sorbona se alza con la mayor de las firmezas". Deseando que la obra se reanude cuanto antes, la institución carece de palabras más tajantes para con aquellos que la censuraron: "Quienes la bloquearon no hacen más que exhibir un reflejo de repliegue sobre sí mismo y exclusión".

Ese es también el criterio del gobierno. En un comunicado común, los ministros de Enseñanza Superior y Cultura condenan "rotundamente esta agresión sin precedentes a la libertad de expresión y creación en el ámbito universitario". Entre los numerosos apoyos que se manifiestan, llegó a crearse *Vigilance universités*, una red de docentes del nivel superior e investigadores destinada a denunciar este tipo de censura. Esa agrupación condena "firmemente esta nueva intervención de la ideología radical racialista en la universidad".¹⁹ La prensa, tanto de derecha como de izquierda, va en ese sentido.²⁰

Sin embargo, una primera brecha permite pensar que Francia comienza a flaquear y a americanizarse. Los censores

19 *Vigilance universités*, "Pièce d'Eschyle censurée : le contresens d'un antiracisme dévoyé", en *Libération*, 2 de abril de 2019.

20 A raíz de esta noticia, Marianne publica numerosos artículos y un muy buen dossier: "L'offensive des obsédés de la race, du sexe, du genre, de l'identité...", Étienne Girard y Hadrien Mathoux, en *Marianne*, 12 de abril de 2019.

de Las suplicantes ahora cuentan con aliados, que van mucho más allá de los grupúsculos habituales.

El sindicato juvenil de izquierda más antiguo, la Unión Nacional de Estudiantes de Francia (UNEF), dio un vuelco. Ya habían comenzado a dar indicios tiempo atrás. Luego de respaldar el Hijab Day en la Facultad de Ciencias Políticas, el gremio eligió a una presidenta con velo en la Universidad París IV. Precisamente la institución donde pronunció su apoyo al citado pedido de censura. Ya hacía un tiempo que el vocabulario de la agrupación había empezado a derrapar. No se habla de otra cosa que de "raceados" o del "racismo de Estado", cuando no se acusa a los laicos y a las "feministas" del pecado de "islamofobia". Un léxico marcado y un histórico giro de 180 grados.

En un comienzo, la UNEF defendía la laicidad contra los integristas y los antiaborto. Sus militantes luchaban sobre todo por mejorar las condiciones de vida de los estudiantes. Pero eso era antes. Antes de la escalada de las reivindicaciones identitarias entre los estudiantes. Afectada por la crisis del sindicalismo y el anunciado fin de las ideologías, vio sus resultados electorales desplomarse. Una presa fácil de infiltrar, que inclusive celebró varias alianzas electorales locales con Estudiantes Musulmanes de Francia, un satélite UNEF que representa la corriente político-fundamentalista de los Hermanos Musulmanes. Su mentor no es otro que Tariq Ramadan, predicador "hermanista" procesado por casos de violación.

Las referencias del sindicato ya no son trotskistas, sino por lo menos identitarias e indigenistas. Ya no se trata de combatir el capitalismo o el integrismo, sino de mandar prohibir obras de teatro como Las suplicantes, o movilizarse contra las lecturas del libro póstumo de Charb: Lettre aux escrocs de l'islamophobie qui font le jeu des racistes (Carta a los estafadores de la islamofobia que le hacen el juego a los racistas)].²¹

Cabe señalar que el texto del exjefe de redacción de Charlie Hebdo, escrito justo antes de ser asesinado, se refiere a ellos. En cada lectura, en el festival de Aviñón o en las facultades, hay censores que se unen a los homicidas para tratar de enterrar la voz de Charb, antirracista pero libre. En París VII Diderot, el sindicato Solidaires llegó hasta a pedir a la presidencia de la universidad que anulara la obra teatral inspirada en el texto. Con el apoyo de la

21 París, Éditions Les Échappés, 2015.

sección local de la UNEF, que inclusive se propuso invadir el anfiteatro el día de la representación. En Lille, delante del teatro donde todo estaba dispuesto para leer las palabras de Charb, cuatro jóvenes cabrones se acercaron a imitar el ruido de las balas de kalashnikov que lo mataron, para luego darse a la fuga ante la llegada de la policía.²² A eso hemos llegado.

En lugar de politizar a esa juventud y colocarle plomo en el cráneo, la izquierda identitaria la consuela en aquel fanatismo. Nervioso ante el cariz adoptado por el sindicato de su juventud, un antiguo miembro emitió el siguiente grito a través de la prensa: "La UNEF se ha convertido en un sindicato de talibanes". Responsable de esa organización en la década de 1970, Pierre Jourde se acuerda de haber pertenecido a una juventud dogmática y limitada. No obstante, jamás se le habría ocurrido pelear para censurar una obra antigua: "La guerra contra la cultura es un hermoso combate estudiantil. Que recuerda más el nazismo o las guardias rojas que los ideales democráticos".

El sindicato quedó en shock tras aquella solicitada. Con todo, días más tarde, una de sus nuevas reclutas le dará cien veces la razón.

Mientras el incendio que hacía estragos en Notre Dame entristecía el corazón de Francia y del mundo, Hafsa, miembro de la oficina de la UNEF, se fastidia por Twitter: "Me da igual Notre Dame de París porque me da igual la historia de Francia", "La gente va a llorar por unos pedazos de madera, Alá,²³ aman demasiado la identidad francesa, objetivamente me importa un carajo,²⁴ es cosa de ustedes, gente blanca". Aquella vez, a todos les quedó muy claro. La nueva generación izquierdista no es solo sectaria. Es peligrosamente incendiaria.

22 "Lille : ils miment une rafale de kalachnikov devant un théâtre pendant un spectacle sur Charlie Hebdo", en France TV, 14 de octubre de 2019. 27 Pierre Jourde, "Eschyle censuré : l'UNEF est devenu un syndicat de talibans", en L'Obs, 9 de abril de 2019.

23 Aquí el francés emplea el término árabe, wallah. Optamos por traducirlo al no ser una expresión corriente en lengua castellana. [N. de la T.]

24 En este caso, se utiliza una expresión que mezcla francés y árabe. Optamos por traducirla por idénticas razones. [N. de la T.]

Dos rostros del antirracismo

Tales polémicas confrontan dos visiones del antirracismo que chocan entre sí y se combaten. Por un lado, el antirracismo que reclama la igualdad de trato en nombre de lo universal.²⁵ Por el otro, el antirracismo que exige un trato particular en nombre de la identidad. El primero es universalista. El segundo es identitario.

El universalista desea luchar contra los prejuicios, la esencialización de las identidades, para permitir que cada uno se desarrolle de un modo individual, se autodetermine, elija su género, se identifique con la cultura de su elección, sin que se le asigne ninguna categoría ni sea discriminado. Adepto de la transgresión de géneros y del mestizaje, no juzga ni el hecho de cambiar de sexo ni de hacerse dreadlocks, defiende una visión "Auida" de las identidades y lucha contra los obstáculos a esa libertad de autodeterminarse.

Ese antirracismo puede movilizarse de forma comunitaria contra la dominación, los prejuicios, el antisemitismo, el racismo o la homofobia. El objetivo nunca es obtener un reconocimiento particular ni un trato de favor, sino el fin de las discriminaciones. Es un sueño a la Martin Luther King, destinado a ser compartido por la mayor cantidad de personas posible. Una paciencia, una dignidad que hacen a la fuerza del movimiento de los derechos cívicos en Estados Unidos. En apariencia más moderada, tal aproximación es en realidad la única que desdibuja con eficacia los estereotipos, sin enemistar a las identidades entre sí.

En Francia, se apunta a ese horizonte universalista, reivindicando el "derecho a la indiferencia": no ser ubicado en un casillero, ni quedar bloqueado por un techo de cristal en virtud de la apariencia, el origen, la sexualidad, el sexo o el género. Esa ambiciosa concepción del individuo se inscribe en una larga historia que va de la filosofía de las Luces a la Declaración Universal de los Derechos del Hombre. Compartido durante bastante tiempo, tal antirracismo se forjó centrado en un rechazo de las ligas antisemitas del Orden Moral,²⁶ en la defensa del capitán Dreyfus y luego en reacción al horror del racismo exterminador nazi. Irriga a una izquierda francesa al estilo Charlie Hebdo, republicana y laica, antiintegrismo y antitotalitaria, siempre alarmada

25 Ya me refería yo a esa fractura en mi libro dedicado a la crisis del multiculturalismo y a los ataques contra el universalismo en *La dernière utopie*, cit.

26 Coalición de partidos de derecha que se forma a finales del siglo xix. [N. de la T.]

ante el despertar del antisemitismo. Cosa que está sucediendo en Europa.

Además de atentados islamistas a repetición que tuvieron como blancos a los judíos, como los niños de Toulouse y sus padres, asesinados a la entrada de la escuela por Mohammed Merah, los actos antisemitas se están propagando, duplicando las agresiones antimusulmanas.

En Estados Unidos, la situación es rigurosamente inversa. Por más que a veces también se apunte a los judíos, el grueso de las matanzas masivas y de los atentados viene de la extrema derecha blanca, racista y supremacista. Sus víctimas se añaden a los numerosos negros asesinados, casi cada semana, por una policía robótica que dispara ante el más mínimo miedo a un sospechoso armado.

Los antirracismos americano y francés no solo no tienen la misma historia, sino que no hacen frente a los mismos desafíos. Surgido de la resistencia a la segregación, en una sociedad donde la referencia a la religión y a la etnicidad parece insoslayable, el antirracismo americano no eligió combatir las categorizaciones étnicas, sino reivindicar una mayor diversidad en nombre de la "raza". Palabra que es tabú en Francia. No por negar la etnicidad, sino porque el término remite a la creencia nazi en especies humanas tan diferentes que apenas podían mezclarse. Cuando lo cierto es que ni el color de piel ni la forma de la nariz hacen de ningún humano una especie aparte. Para combatir ese prejuicio que dio lugar a la clasificación nazi, que deportó y mató, el antirracismo francés busca minimizar la importancia de la "raza". No así Estados Unidos.

Allí, por en más que suceda, es poco frecuente que se impugnen las clasificaciones étnicas. Las más de las veces, se conforman con multiplicar los casilleros, de "caucásico" a mil formas de ser "mestizo", para reivindicar el derecho a la discriminación positiva. Allí donde los criterios sociales permitirían ayudar a los más pobres, a menudo negros, evitando la competencia entre las "razas", el hecho de exigir un lugar la universidad o una beca sobre la base de criterios étnicos perpetúa los estereotipos raciales, alimentando en paralelo el resentimiento de los blancos más pobres.

El problema no es enunciar una identidad colectiva para reivindicar el fin de una discriminación. El inconveniente se plantea cuando aplicamos una visión separatista de la identidad a los otros y a la cultura. A punto tal de prohibir la mezcla, los intercambios, los préstamos culturales. A punto tal de confundir inspiración con apropiación. Ese

simplismo conduce menos a la igualdad que al desquite. No favorece la mezcla, sino la autosegregación. Al reivindicar con base en criterios étnicos un trato particular, como el derecho a la palabra o a la creación, se mantienen categorías y formas de pensar que utilizarán los dominantes para justificar sus propios prejuicios y pasar por víctimas.

En eso radica el problema del derecho a la diferencia. En lugar de borrar los estereotipos, los consolida y termina provocando una competencia entre las identidades. Cada vez más blancos se muestran sensibles a la propaganda odiosa del alt-right, que les hace creer que están convirtiéndose en una minoría en peligro. Esto empeora si a los activistas negros se les da por prohibir que los blancos hablen o creen. Tales excesos de lo políticamente correcto permitieron, a las claras, que Donald Trump se cobrara su revancha tras el doble mandato de Barack Obama, gracias a un lenguaje totalmente desbocado.

¿La izquierda estadounidense habrá sabido sacar las conclusiones del caso? Algunos comienzan a sopesar de recobrar el camino de una izquierda más universalista e igualitaria. Pero el Partido Demócrata y la mayoría de los representantes de las minorías o de las comunidades permanecen inmóviles en esa visión anquilosada de las identidades. Quien se atreva a proponer otra vía enseguida suscitaría la antipatía de los muy influyentes y virulentos representantes del antirracismo identitario. la urgencia

Tras haber hecho naufragar a la izquierda en los países anglosajones, desde Estados Unidos hasta Canadá, sin olvidar Inglaterra, esa corriente está empezando a contagiar a la juventud europea, que siempre preferirá la radicalidad violenta y moderna de un Malcolm X frente a la sabiduría de un Martin Luther King. Incluso a costa de defender una visión separatista, pero a veces también integrista de la identidad, ¿en un continente donde la extrema derecha está escalando por miedo a esa ceguera!

Pero a la juventud izquierdista le da lo mismo. Al igual que sus predecesores, quiere vivir sus pulsiones sin pensar en las consecuencias. Al identificarse más fácilmente con la lucha contra la segregación o la colonización que con la resistencia al nazismo, no tiene ningún escrúpulo en aliarse con grupos integristas antisemitas si estos afirman estar dando un combate contra el capitalismo o el imperialismo. Todo les está perdonado a los condenados de la tierra", sean estos reales víctimas de racismo o reales fanáticos. En un contexto muy distinto, genuinamente obstaculizado por la

colonización, Frantz Fanon estimaba que cualquier medio era bueno, inclusive recurrir a la violencia o el terrorismo, si eso permitía librarse de la opresión.²⁷ Fascinados por esa radicalidad, hay jóvenes occidentales que la aplican a todo movimiento percibido como "descolonizado".

A veces, llegan a respaldar el supremacismo negro y su antisemitismo. Tal es el caso de los fans de Malcolm X, que defendía una visión muy violenta y muy racista de la revancha. Cuanto más islamista se tornaba, más asociaba a los blancos por naturaleza con el diablo: "El hombre blanco es diabólico y debe ser destruido".²⁸ Ni hablemos del líder antisemita Louis Farrakhan, admirador de Hitler, que compara a los judíos con seres satánicos e inclusive con "termitas", a los que ende hay que exterminar. Durante un mitin muy reciente, explicaba que "los judíos eran responsables de todos los comportamientos mugrientos y degenerados de Hollywood, al transformar a los hombres en mujeres y a las mujeres en hombres". Luego profiere la siguiente amenaza: "Blancos, ya van a bajar. Y Satán también va a bajar. Y Farrakhan [habla de él en tercera persona], gracias a Dios, va a retirar el manto de esos judíos satánicos. Estoy aquí para decirles: ¡su tiempo ha terminado!".

Tales modelos inspiran a la juventud. Tamika Mallory, una de las fundadoras de la Women's March, estaba presente en aquel mitin de Nation of Islam, que se celebró en febrero de 2018. No denunció esas declaraciones. Ni retiró la foto que abraza con avidez a Farrakhan bajo el epígrafe "the GOAT" ("el mejor de todos los tiempos"). Recién una vez que fue objeto de los rayos de la crítica, la militante perteneciente al movimiento Black Lives Matter declaró que reprochaba el antisemitismo y la homofobia del gurú. La actriz Alyssa en la Milano, políticamente muy afilada y valiente, acababa de anunciar que no asistiría a la Marcha de las Mujeres hasta tanto sus líderes no disiparan ciertas ambigüedades. Desde entonces, tres figuras cuestionadas fueron apartadas del movimiento. Pero en su momento la actriz se vio insultada e injuriada en las redes sociales por haber osado alertar.

La alerta apuntaba sobre todo a Linda Sarsour, líder de la Marcha de las Mujeres, que luce el velo islámico. Afiliada al militantismo a favor de Palestina al mejor estilo Hamas,

27 "Para el colonizado, la vida solo puede surgir del cadáver en descomposición del colono" (Frantz Fanon, *Les Damnés de la terre*, Paris, Maspero, 1961, cap. 1.

28 Entrevista con Louis Lomax, "A Summing Up: Louis Lomax Interviews Malcolm X.", en *When the Word Is Given: a Report on Elijah Muhammad, Malcolm X, and the Black Muslim World*, Wesport, Praeger Publishers Inc., 1963.

puede con una mano recaudar fondos para las víctimas de la sinagoga de Pittsburgh atacada por un supremacista blanco... y con la otra banalizar los movimientos que incitan al odio hacia los judíos: "Cuando escribimos la historia del islam en Estados Unidos, Nation of Islam forma parte integrante de esa historia", tuiteó en 2012. Invita a sus correligionarios a jamás "humanizar" a los israelíes, habla de la resistencia a Trump como de una forma de "yihad". Lejos de predicar la integración o la mezcla, invita a sus hermanos y hermanas a rechazar la asimilación: "Nuestra prioridad, la más prioritaria de las prioridades, es agradar a Alá y solamente a Alá".

He aquí las nuevas caras del antirracismo y del feminismo a la americana. Abrazado por una juventud estudiantil sedienta de radicalidad para poder olvidar sus privilegios, el antirracismo identitario no sueña con otra cosa que con eliminar su competencia: el antirracismo universalista. Su tierra de misión predilecta se halla en Europa, donde la izquierda republicana y libertaria resiste.

En Francia, existen grupos fomentados por las redes franco-estadounidenses que están intentando importar esas pasiones. Tal es el caso de un grupúsculo como la Brigada Antinegrofobia, que la pasa queriendo que se prohíba toda obra de teatro o muestra que pueda resultar eficaz contra el racismo, o de un movimiento como Indígenas de la República,²⁹ que sostiene discursos cercanos a Nation of Islam.

Su líder, Houria Bouteldja, publicó un libro *—Les Blancs, les Juifs et nous—* alabado por una parte de la extrema derecha francesa por su fibra identitaria.³⁰ A esta le encantaron las páginas sobre los judíos, y más aún la perorata contra el feminismo proelección: "Mi cuerpo no me pertenece. Ningún magisterio me hará asumir un lema concebido por y para las feministas blancas [...]. Pertenezco a mi familia, a mi clan, a mi barrio, a mi raza, a Argelia, al islam". Una lógica que la conduce a considerar que una mujer violada de "su clan" es decir, su cultura, no debe denunciarlo, por un hombre para no alimentar el racismo. La consigna es clara. Una feminista no ha de delatar a su

29 Asociación y movimiento que devino en partido político en 2005. Se define antifeminista, como antirracista y "decolonial", pero también acusado antisemita, homófobo, identitario y hasta racista. [N. de la T.]

30 Houria Bouteldja, *Les Blancs, les Juifs et nous : vers une politique de l'amour révolutionnaire*, París, La Fabrique, 2016. Digno de un panfleto de la década de 1930, su libro fue saludado por el jefe de filas de los católicos de extrema derecha anti-Charlie Hebdo, Bernard Antony, por Radio Courtoisie: "¡Houria Bouteldja es un Barrès!" (13 de abril de 2016). [Maurice Barrès fue un escritor y político francés, figura destacada del nacionalismo a finales del siglo xix y principios del siglo xx. N. de la T.]

violador si este es negro, árabe o musulmán, sobre todo siendo musulmana, so pena de traicionar. Las feministas que denuncien el integrismo religioso en nombre del islam, la violación o la opresión de las mujeres sin tener en cuenta el color de la piel o la religión del opresor son tildadas de "blancas" y de "islamófobas", aunque sean musulmanas.

La autora confiesa temblar de emoción al oír "Allahu akbar"³¹, ese grito que "aterroriza a los vanidosos" (sic). Una ocurrencia particularmente dudosa en un país que ha visto a más 263 franceses morir en atentados justamente tras haber oído aquel grito. Unas páginas antes, se queja de haber tenido que llorar por el "judeocidio" de Hitler por culpa de la escuela republicana, que la "adiestró como corresponde". Un libro digno de un panfleto antisemita de la preguerra. Con la salvedad de que es "tendencia" en las filas no solo de la extrema derecha, sino también de la extrema izquierda. Y que se beneficia del entramado de representantes antirracistas anglosajones. En sus agradecimientos, la autora expresa su gratitud para con los militantes de la "red decolonial euroamericana", sobre cual dice depositar "muchas esperanzas". La de importar una visión totalmente sectaria de la política de identidad.

31 En árabe significa "Dios es grande", expresión cotidiana hoy asociada a los atentados terroristas. [N. de la T.]

Desvaríos de la "política de identidad"

El término *identity politics*, que se traduce por "política de la identidad"³² y a veces por "política del reconocimiento", designa una voluntad de llevar adelante políticas disociadas según las minorías, focalizándose en la "raza", el sexo y el género. Originada en grupúsculos, cultivada por la élite y las universidades, a veces termina fomentando la creación de guetos y el sectarismo cultural.

Los gérmenes de tal deriva están presentes desde sus orígenes en 1977, cuando una organización lesbiana negra, el Combahee River Collective, reivindica el término en un manifiesto separatista. En lugar de participar en el Movimiento de Liberación de las Mujeres, el grupúsculo cree que es más revolucionario recentrarse en su identidad: "Creemos que la política más profunda y más radical en potencia viene directamente de nuestra propia identidad, por oposición a la tarea que consiste en poner fin a la opresión de otras personas".³³

Está todo dicho. Mirarse el ombligo resulta más importante que pelear por todos. Por ejemplo, participando en el Movimiento de Liberación.

Como todo separatismo, este repliegue plasma ante todo un cansancio psíquico y una renuncia. En la época en que el grupo escribe aquellas líneas, las feministas son burladas y caricaturizadas como "mal cogidas", todas lesbianas, radicalmente contrarias a los hombres y peligrosas para la familia. Con el fin de desbaratar tales ataques violentos, el Movimiento de Liberación trata de moderar a sus elementos más revoltosos. A las lesbianas radicales, máxime tratándose de negras y separatistas, se les ruega mantener la discreción.

Por haber tenido yo misma dificultades en hacer emerger las reivindicaciones lesbianas dentro del feminismo francés, años más tarde, no me cuesta imaginar las resistencias de aquel entonces, el sentimiento de rabia y la tentación de "separarse". Ese "estar entre pares" que consiste en desentrañar la propia identidad reviste un interés para deconstruir cierto odio de sí y para reconciliarse con uno mismo. Yo misma lo experimenté. Pero también sé en qué medida aquella búsqueda puede devenir en sectarismo cuando conduce a reconstruirse a expensas de rechazar a los otros y de la lucha común.

32 Traducción elegida por Laurent Dubreuil en *La Dictature des identités*, París, Gallimard, 2019.

33 Combahee River Collective, "A Black Feminist Statement", en Alison Jaggar y Paula Rothenberg (dirs.), *Feminist Frameworks*, Nueva York, McGrawHill, 1984, p. 204.

Conocí a grupos lesbianos franceses que se retiraron del mundo para vivir rodeados de plantas y animales únicamente hembras. Esas mujeres no cambiaron el curso del mundo ni

mitigaron un ápice la homofobia. Los radicales a menudo son seres que no tienen la paciencia o la fuerza necesarias para cambiar a los demás. Antes que admitirlo, lo cual sería conmovedor, prefieren creerse más subversivos. Sin embargo, nada impide que se creen grupos de palabra en torno a la especificidad de cada opresión, doble opresión en el caso de las lesbianas, sin por ello desertar el combate común. Las militantes lesbianas radicales que persistieron en su militancia dentro del Movimiento de las Mujeres tuvieron razón. Son ellas, y no las separatistas, las que revolucionaron la concepción de la pareja, la familia, las que liberaron el cuerpo de las mujeres y la sexualidad. Una auténtica revolución.

El separatismo nunca lleva a ninguna parte. Puede servir de terapia personal, con el objeto de reconstruirse y soportar mejor la adversidad. No es una política, y jamás lo será. La gran falta del manifiesto del Combahee River Collective consiste en presentar su repliegue identitario como una política: "El hecho de concentrarnos en nuestra propia opresión se encarna en el concepto de política de la identidad". Tan pronto como se la pronuncia, la palabra está en boca de todos, incluso de aquellos hombres y mujeres que en teoría implementan políticas para edificar un futuro común. Al predicar esto, la izquierda estadounidense derrapa hacia un enfoque que endurece las identidades, en lugar de avanzar hacia una mayor justicia. El combate por la diversidad a veces llega a servir para ocultar la renuncia al combate más ambicioso por la igualdad.

Hay teóricas feministas como Shane Phelan que vieron venir el peligro. Ya en 1989, esta concluye su libro sobre la "política de identidad" con un llamado de atención respecto de la tentación del separatismo: "Si transformamos la política de identidad en una exigencia de pureza en cada uno de los niveles de nuestras vidas, estamos negando las luchas por las cuales hemos comenzado nuestro combate". Predice que aquel camino conducirá a una mayor cantidad de categorías de asignación: "Nos veremos avasallados por identidades no negociables, sean estas impuestas desde el interior o desde el exterior".

Está todo dicho. Y todo se comprobó. En pocas décadas, la "política de la identidad" pasó de la visibilización de las minorías a una forma de asignar categorías. Una política

del reconocimiento que muchas veces desemboca en una política del resentimiento. En teoría, desde luego, se trata de buscar la igualdad. Con la salvedad de que la vía escogida mantiene los estereotipos y propicia la revancha.

Esto es tanto más cierto desde que los principales obstáculos, las verdaderas discriminaciones, han mermado. Como si temieran quedarse técnicamente sin trabajo, hay activistas profesionales que parecen abalanzarse sobre causas nimias, inflando cualquier polémica que surja.

No hablo de movimientos como #MeToo, que por fin echaron luz a auténticos tabúes como el acoso y la violación. Me refiero a aquellos que se crean falsos enemigos, en el teatro, en el cine, en la universidad, para reclamar un lugar. Aquellos que solo saben hacer uso de la palabra para mandar callar a los demás. En aras de un trato particular, correctivo. En aras de su estatuto de oprimido. Una guetoización que conviene a los dominantes. Sobre todo cuando los minoritarios comienzan a comerse entre sí para saber quién es más víctima y quién ha de beneficiarse de la "discriminación positiva" en prioridad. Ha llegado a pasar que los antirracistas ordenen a las feministas cerrar la boca. Un requerimiento formulado en nombre de la "interseccionalidad".

Surgida de la noble intención de denunciar la doble opresión, en tanto mujer y en tanto negra, la "interseccionalidad" agrava la pendiente resbaladiza de la política de identidad. Como emanación del afrofeminismo, teorizado por la universitaria Kimberlé Crenshaw en 1989, el feminismo interseccional iba a articular las luchas contra el sexismo y el racismo, en teoría. En la realidad, los pone en competencia. Inclusive ha llegado a querer prohibir la denuncia del sexismo -la violación o el velo por miedo a alimentar el racismo. Exactamente como la líder de Indígenas de la República, que cree que no hay que denunciar una violación si el violador es musulmán o potencial víctima de racismo. Para hablar en concreto, se puede hacer una denuncia contra Harvey Weinstein, pero no contra Tariq Ramadan.

La cuestión ya no es saber si un hombre dominante viola a una mujer, sino si ese hombre pertenece a una minoría cultural o no. Si tal es el caso, el hecho de salir en su defensa por ser minoritario prima sobre la denuncia de violación. Exactamente así pensaban los marxistas sectarios hace treinta años. En 1976, una feminista es violada en Francia por un trabajador inmigrante. Sus camaradas la convocan para disuadirla de efectuar la denuncia. Le

recriminan perjudicaría al proletariado y estaría prestándose al juego de la patronal racista. Esa orden, en aquella época, fue un shock dentro del Movimiento de Derechos de la Mujer. Quienes lo recuerden saben en qué medida descollan las organizaciones izquierdistas a la hora de relegar el combate por los derechos de las mujeres, muy por detrás de la lucha prioritaria por el Grand Soir.³⁴ La nueva generación reanuda aquella tentación, sin siquiera percatarse de ello.

El patriarcado es astuto, tiene más de un as en la manga. Si no, hace largos años que habría sucumbido. Hoy en día, ha encontrado la máscara del "feminismo interseccional" para explicar a las jóvenes feministas que los combates contra la ablación del clítoris o el velo islámico abonan el suelo de los racistas, y que más vale acusar a las feministas laicas y universalistas de ser unas malditas burguesas blancas "islamófobas". Aun cuando estas sean de cultura musulmana y denuncien su propia opresión. Aun a costa de solidarizarse con movimientos integristas, sexistas, homófobos y antisemitas.

Los interseccionales nunca analizan a los integristas islamistas como dominantes. Los asimilan al conjunto de los musulmanes, como si formaran una sola y única comunidad, y los perciben como minoritarios, víctimas del racismo de Occidente. Pueden violar, velar o decapitar, pero siempre son ante todo unos rebeldes, unos condenados de la tierra que pretenden descolonizarse.

Fue en nombre de esa visión confusa de la "subversión" que Michel Foucault sostuvo con indecente entusiasmo al ayatolá Jomeini en Irán. En boca suya, los mulas no eran "fanáticos", sino la voz de los oprimidos. El "gobierno islámico", una "espiritualidad política" que iba a "transfigurar el mundo" y poner fin a la "hegemonía mundial". Incluso se congratulaba al ver como todas aquellas mujeres, otrora tan libres como en Occidente, ¡volvían a ponerse el velo! Cuando se proclamó la dictadura y todos los opositores fueron enviados a la cárcel para ser torturados, el autor de Vigilar y castigar se mordió la lengua y por fin se alarmó... Ya era demasiado tarde. Por fortuna, él había nacido en Francia y no en Teherán. Ergo, jamás tuvo la ocasión de llevar a cabo una investigación participante en la famosa prisión de Evin, donde cuarenta años después todavía se tortura a quienes infringen la norma islamista.³⁵

34 Concepto que expresa la esperanza en un vuelco súbito y radical del orden social existente. [N. de la T.]

35 Mitchell Cohen, "Un empire de la langue de bois : Hardt, Negri, et la théorie politique postmoderne", en Controverses, núm. 1, marzo de 2006.

Esa ceguera intelectual se mantiene entre los discípulos del maestro. Aún hoy existen feministas y antirracistas que se dicen "subversivos" y admiran a Nation of Islam, al Hamas, a los Hermanos Musulmanes o al régimen iraní. A veces, con ayuda del Soft Power y del Departamento de Estado estadounidense. Más aún, gracias a las redes de la universidad estadounidense, que formaron a una generación de docentes alumnos comprometidos con la causa de la "política de la identidad". y

A partir de grupúsculos radicales, la "política de la identidad" cobró ímpetu en la universidad gracias a los estudios poscoloniales que proliferaron en la década de 1990. Otra buena intención que se descarrió.

En un principio, los women's studies o los post-colonial studies debían servir para "deconstruir" la norma colonial y patriarcal. Esos estudios son necesarios para comunicar una visión de la historia despojada de sus anteojeas normativas y mirar de frente la opresión ancestral de las minorías. El problema comienza cuando el espíritu militante prevalece sobre el deber de transmitir un espíritu crítico. Cuando a esas cátedras se les da por entregar un dogma identitario.

Esa moral conquistó a los simpatizantes del multiculturalismo y de la política del reconocimiento en Canadá, antes de llegar a Francia con los foucaultianos y los bourdieusianos.³⁶ Toda persona que se atreva a poner en duda su doxa se expone a un juicio por desviación, y por supuesto jamás conseguirá un cargo. A fuerza de ser monopolizadas por docentes-militantes que se cooptan entre sí, esas facultades han construido auténticos guetos intelectuales en el interior de la universidad. Autora del libro *L'Art du politiquement correct* [El arte de lo políticamente correcto], Isabelle Barbéris se preocupa ante el "nuevo academicismo anticultural"³⁷ y lo atribuye a la "reimportación a Francia de la french theory luego de su metabolización por parte de la izquierda identitaria americana".³⁸ Una corriente que dio nacimiento a un "posfoucauldismo racial". Lo paradójico es que esa visión "performática" de la identidad, que en teoría ha de defender la libertad de autoenunciarse para emanciparse de las normas sociales o de género, desemboca en su extremo exactamente opuesto.

36 En *Ce que n'est pas l'identité*, París, Gallimard, 2018, p. 26, Nathalie Heinich, socióloga, habla de un "posmodernismo exacerbado, sostenido por universidades angloamericanas que se remiten a una 'French Theory' en gran parte fantasmagórica".

37 Isabelle Barbéris, *L'Art du politiquement correct*, Paris, PUF, 2019, p. 45.

38 Ibid., p. 29.

Su forma de reivindicar, ultracomunitarizada y ultravictimista, fija las identidades. Olviden el "género en disputa" proclamado hace unos años por Judith Butler.³⁹ La visión americana de la French Theory considera al velo como la cumbre de la performance subversiva. No importa si en Europa esa nueva moda acompaña el retorno de un fundamentalismo religioso que piensa en separar claramente a las mujeres de los hombres. El separatismo no es un problema para esta generación, que se dedica a clasificar a los ciudadanos en "raceados" y "no raceados", transgénero y cisgénero (cuando su sexo biológico se corresponde con su identidad de género). A punto tal de preconizar talleres de debate "no mixtos" racial ni sexualmente. A punto tal de vomitar toda inspiración o mezcla cultural.

39 Judith Butler, *Bodies that Matter*, Londres, Routledge, 1993.

¡En Canadá, hasta boicotean el yoga!

Canadá, país modelo del "multiculturalismo", también es el país donde están perdiendo la cabeza en nombre de la "apropiación cultural". El mal está muy avanzado. Un auténtico laboratorio para saber adónde conducen ese tipo de campañas. En el otoño de 2015, un caso impactó a la prensa, que sin embargo está acostumbrada a más de una extravagancia. Mientras el mundo sangra y se disloca, algunos jóvenes canadienses se movilizan... ¡en contra de un curso de yoga!

Se trata de unas clases que se imparten desde hace siete años, de forma gratuita, a estudiantes discapacitados de la Universidad de Ottawa. La joven a cargo del curso, Jen Scharf, acaba de enterarse de que este no se reanudará. El Centro para Estudiantes con Minusvalías de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Ottawa (reuo), principal agrupación estudiantil, de pronto teme estar apropiándose de una práctica india. Angustia justificada por el hecho de que India y su pueblo "sufrieron la opresión, el genocidio cultural y las diásporas por culpa del colonialismo y la supremacía occidental".⁴⁰ En paralelo, el "pueblo colonizado" en cuestión acaba de elegir a un primer ministro de extrema derecha, muy antimusulmán. Narendra Modi no oculta su voluntad de alentar la exportación del yoga, al que concibe como marca cultural "budista". Si por lo menos los estudiantes de Ottawa quisieran boicotear el yoga por eso, por conciencia política. En absoluto. Todos los indios, incluidos Modi, son percibidos como víctimas de Occidente. Y el boicot al yoga, ¡como un modo de reparación!

"En más de treinta años de periodismo, creía haberlo visto todo", escribe Nathalie Petrowski en La Presse de Montréal. Intuye que esa no será la última sorpresa que le dé "esta nueva tendencia y sus diktats", a la que se atreve a calificar de "policía cultural".⁴¹

Los años siguientes no defraudaron. Desfilieron polémicas por motivos uno más grotesco que el otro. Un festival de música prohibió a sus participantes que lucieran tocados propios de los pueblos autóctonos. A la cantante Natasha St-Pier se recriminó haber colocado objetos rituales autóctonos en un clip. Se anularon dos espectáculos de un joven humorista blanco, Zach Poitras, ¡porque lucía dreadlocks! Unos estudiantes de la Universidad de Quebec consideraron que

40 Aedan Helmer, "Free Ottawa Yoga Class Scrapped Over 'Cultural Issues'", en Ottawa Sun, 20 de noviembre de 2015.

41 Nathalie Petrowski, "Touche pas à ma culture", en La Presse de Montréal, 17 de diciembre de 2015.

su cabellera significaba "violencia" contra las "personas oriundas de una cultura históricamente dominada". Definitivamente, a la nueva generación estudiantil canadiense no le gusta mucho distenderse, relajar músculos y mandíbulas.

Lo absurdo y desconcertante de tales campañas se explica, en parte, por la historia de Canadá, país que emana de dos colonizaciones, una francófona y la otra anglófona. Ambas edificaron esta nación políglota a costa de los pueblos autóctonos y sus tierras. A costa de una violencia inaudita, como también fue el caso de los aborígenes de Australia o de los pueblos originarios de toda América. Los habitantes originarios no representan más de un 4,3% de la población canadiense, y la adicción y la aculturación amenazan de extinción a la comunidad. Esto revela cuánto merecen una atención y consideración particulares, e inclusive adaptaciones. El problema es que en nombre del "multiculturalismo", el derecho a la autonomía cultural pensada para reparar el daño infligido a comunidades originarias se ha extendido a toda suerte de minorías nacionales, a punto tal de amenazar la unidad del país.

Conocido por su sentido de la acogida y sus necesidades estratégicas en materia de inmigración, Canadá también es el país donde el multiculturalismo autoriza todos los excesos. Entendemos por "multiculturalismo" no el estado multicultural de una sociedad, en sí muy positivo, sino el hecho de cultivar -por medio de políticas públicas- el derecho a la diferencia de las minorías, a riesgo de deshacer el sentimiento de pertenencia a principios comunes. Tal es el caso cuando se permite que los miembros de una cultura o de una religión privilegien su fe y sus tradiciones al respeto por la igualdad, en virtud de "acomodamientos razonables".⁴² Una brecha que rápidamente se desvió.

En un principio, el "acomodamiento" estaba pensado para permitir que mujeres embarazadas organizaran sus horarios de trabajo. En los hechos, a pedido de grupos religiosos radicales, sirve para soslayar el principio de igualdad hombre-mujer.

Varios casos de pedidos disparatados dieron que hablar en estos últimos años. Una yeshivá solicitó que se colocaran ventanas esmeriladas en una sala deportiva para que sus estudiantes ortodoxos no se vieran perturbados por la visión de mujeres transpiradas. Un paciente judío herido en la mano pidió pasar delante de todos en una fila de espera en la

42 Dedico un largo capítulo a este tema en *La dernière utopie*, op. Cit.

guardia médica para ser atendido antes de Sabbat. Los miembros de comunidades religiosas no solo se sienten autorizados a solicitar un trato privilegiado, sino que dicho privilegio se les concede por miedo a ofender. Esto fue lo que precipitó la crisis de los "acomodamientos razonables" en Quebec. En 2007, para desactivar las tensiones, el gobierno creó la comisión Bouchard-Taylor, por el nombre de los dos universitarios encargados de presentar un informe en la materia. Tras un año de debates furiosos y relatos surrealistas, ambos concluyeron que no había que cambiar nada, que aquellos temores estaban fundados, e inclusive eran racistas.

Cabe decir que uno de los autores del mencionado informe, Charles Taylor, no es otro que el "papa" del multiculturalismo,

En una versión particularmente tolerante para con las reivindicaciones religiosas. Él mismo es WASP, heterosexual y creyente. La derecha religiosa estadounidense le entregó el Premio Templeton, muy bien dotado, por sus buenos y leales servicios. De hecho, Taylor obró toda su vida contra el universalismo, so pretexto de promover la política del reconocimiento, la cual consiste en reconocer y hasta proteger el derecho a una forma de autonomía cultural, en aras de respetar la "autenticidad" de una cultura. A riesgo de desvariar hacia una visión esencializada de las identidades y a pesar de ciertos matices que al intelectual, que también es una figura política, le importa introducir. Cada tanto deplora que el mundo se transforme en un "concurso de víctimas", cuando en realidad todos sus trabajos y su política del reconocimiento no hacen otra cosa que fomentarlo.

Su magisterio es potente. Los adeptos del multiculturalismo se cooptan desde hace años en la universidad canadiense. En términos de carrera, no hay nada más arriesgado que oponerse a Taylor para defender una postura más universalista. La policía de las culturas ha devenido en una policía del pensamiento. Prueba de ello es lo que le sucedió al jefe de redacción de la revista Write.

En 2017, la publicación trimestral de la Writers' Union of Canada, la Unión de Escritores de Canadá, dedica uno de sus números a los autores autóctonos. Al lado de sus textos, su jefe de redacción, Hal Niedzviecki, elige publicar unas palabras que cuestionan la procedencia del concepto de "apropiación cultural", práctica que él ve más bien como una apertura al otro. Asimismo, se queja de una literatura

demasiado blanca, incapaz de imaginar relatos más diversos, y aboga en pos de una inspiración más mestiza: "A mi juicio, cualquier persona, en cualquier parte, debería ser incentivada a imaginar otros pueblos, otras culturas, otras identidades. Incluso creo que debería haber un premio para recompensarlo -el premio a la apropiación, para el mejor libro de un autor que escribiera sobre gente con la que no tiene ningún punto en común, siquiera remoto". Titulado "Ganar el premio a la apropiación", su artículo promete 5.000 dólares a quien se ofrezca a organizar tal certamen..

Tan pronto como estuvo en línea, se desata una tempestad. Alicia Elliott, una escritora de origen indígena nacida en Estados Unidos, dice sentirse "íntimamente traicionada". Su propio artículo, que propone otra lectura, fue editado en el mismo número por un jefe de redacción a quien ella niega el derecho a pensar distinto. La autora visiblemente no tiene la misma capacidad que él para tolerar otro punto de vista..

Tras una lluvia de tuits iracundos y varias tribunas de escritores amenazando con dejar la asociación, Hal Niedzviecki debió justificarse. Explica que no quiso ofender a nadie, que oye esas reacciones, pero que no consigue comprender en qué medida la "apropiación cultural es violenta para las poblaciones indígenas". La tormenta recrudece. El redactor termina renunciando. En lugar de defenderlo, la revista se disculpa con complacencia: "La intención de esta publicación es brindar un espacio para discusiones honestas y estimulantes, alentar con sinceridad todas las voces". ¡Y estima haber fracasado en su cometido por dejar que un escritor desarrolle un pensamiento complejo y tolerante! Inclusive llegará a excluirlo a modo de reparación. Fin del debate.

El sufrimiento de los pueblos originarios no puede justificar semejante policía del pensamiento. Esta no aporta nada, no repara nada. Trata a los autóctonos como niños. No amordaza a los racistas, los enfurece y les anexa nuevos fans que se horrorizan ante tales derivas. Solo amordaza a los demócratas, a los universalistas y a los antirracistas sinceros, atrapados entre el fuego del odio y esta estupidez. Los valientes, seguros de sus convicciones, son los únicos que aún se atreven a resistir.

La resistencia de Kanata

Difícilmente pueda encontrarse algo más cosmopolita y más antirracista que la compañía del Théâtre du Soleil, fundada en 1964 por Ariane Mnouchkine. En Francia, todo el mundo conoce sus obras políticamente comprometidas. Le dernier caravansérail [La última caravana], por ejemplo, cuenta la historia de los exiliados que huyen de la guerra y la miseria. La troupe estuvo integrada por refugiados, afganos, iraquíes, kurdos, iraníes. No para la foto. Para vivir de su arte. Todos ellos reciben el mismo sueldo y deben saber desempeñar todos los roles para merecer su lugar. Universalismo en acto.

La obra Kanata surgió de la asociación con Robert Lepage, un director de Quebec conocido por su compromiso en favor de las minorías. Kanata retrata los padecimientos infligidos a los pueblos autóctonos en su tierra natal. El espectáculo, ambicioso, debía presentarse en Francia y en Canadá. Pero estalló una polémica, de las malas. En realidad, era el rebote de otra controversia. El espectáculo anterior de Lepage, SLAV, revisita la historia del racismo, relatando la vida de una migrante negra al sonido de cantos esclavos. Cantos inspirados en el álbum de Betty Bonifassi, de origen eslavo, pero que apela a aquel repertorio a modo de denuncia. Le reprochan su epidermis blanca. En el escenario, los coristas son negros y todos cantan al unísono. Pero la armonía no es asunto de los inquisidores por "apropiación cultural", quienes declaman que la obra un escándalo. Luego de tres meses de programación y a pesar de las ocho mil entradas vendidas, el espectáculo es retirado de la cartelera.

Envalentonados por la desprogramación y acaso también por el "mea culpa" de Robert Lepage, que promete tener cuidado, los censores deciden escudriñar su repertorio. Se topan entonces con este proyecto sobre la opresión de los pueblos originarios de Canadá y ponen en marcha un proceso de intimidación, preventivamente esta vez. Dieciocho artistas e intelectuales autóctonos y doce de sus aliados no autóctonos (autorizados a expresarse pese a su epidermis) firman una tribuna en Le Devoir: "¿Una vez más la aventura será sin nosotros, los autóctonos?".⁴³

La nota pretende ser "cortés". Comienzan expresando su hastío frente a aquellos que desean narrar la opresión de los

43 "Encore une fois, l'aventure se passera sans nous, les Autochtones?", en Le Devoir, 14 de julio de 2018.

autóctonos no presentándola como una espeluznante página de la historia de Canadá, sino como su propia historia. Propiedad cuyo usufructo reclaman. De no ser relatada por los autóctonos, solicitan que la obra al menos sea actuada por ellos: "Nuestra invisibilidad en el espacio público no nos ayuda en el escenario. Y esa invisibilidad, la señora Mnouchkine y el señor Lepage no parecen tomarla en cuenta, pues ningún miembro de nuestras naciones tomaría parte en esa obra".

Oficialmente, no están pidiendo la censura: "No deseamos censurar a nadie. No es esa nuestra mentalidad ni nuestro modo de ver el mundo". La propuesta de ellos estriba en lo siguiente: "Lo que queremos es que nuestros talentos sean reconocidos, que sean celebrados hoy y en el futuro, ya que nosotros somos. Algunos sí fueron consultados por los promotores de Kanata. Pero creemos que hay artistas de nuestras naciones que estarían encantados de manifestar su orgullo en el escenario, en esta obra". Es claramente una oferta de casting. Pero una oferta acompañada de un chantaje que desprecia seriamente el arte del teatro, cuya nobleza consiste en deslizarse en la piel de otro sin pasar por una prueba de ADN.

Mal podríamos imaginar a Ariane Mnouchkine retirándole el rol a alguno de sus actores porque su origen no es el adecuado. Su compañía consta de veinticuatro nacionalidades: iraníes, afganos, iraquíes, brasileños, chilenos, hongkoneses, taiwaneses. Su razón de ser es permitirles actuar todos los papeles, ¡incluidos aquellos que nunca se les conceden a causa de su color de piel!

Una troupe trabaja todo el año para conformar un grupo armonioso. No puede reclutar a un recién llegado cuando los ensayos están en curso, bajo presión, solo para evitar un boicot. Para reforzar su solicitud, los autores de la tribuna hacen notar que existen subvenciones en Canadá para toda obra que asocie la creación a representantes de los pueblos autóctonos: "La compañía Ex Machina ya se beneficia del financiamiento del Consejo de las Artes y las Letras de Quebec y del Consejo de las Artes de Canadá. Sabemos que también puede obtener fondos destinados a proyectos culturales en colaboración con los autóctonos o en pos de la reconciliación. Nos parece que tal alianza compromete la participación de los autóctonos en mayor medida que una mera consulta".

Es inentendible que, con semejante sistema de subvenciones, Canadá no esté inundado de obras escritas y

actuadas por autóctonos. ¿Por qué no llevan a escena sus propias creaciones, en lugar de buscar pelea a compañías ya constituidas, que montan con dificultad obras sin acceso a ayudas públicas? ¿Por qué no idean cosas, en lugar de recriminar que Robert Lepage y Ariane Mnouchkine agreguen sus miradas? La tribuna reconoce que, antes de escribir Kanata, se consultó a muchos amerindios. El problema es que aquellos a los que no se les preguntó están ofendidos. Y aquellos que estaban felices con el proyecto ya no se atreven a decirlo, por miedo a la polémica.

Creyendo que se trata de un malentendido y urgida por explicar el funcionamiento de su compañía, Ariane Mnouchkine viaja a Canadá para reunirse con los signatarios que así lo deseen y con otros representantes autóctonos de Quebec. El encuentro durará cinco horas, sin interrupción. Un diálogo prolífico. Conmovida por ese juicio por invisibilidad, Mnouchkine les hace varias propuestas. Organizar un festival de teatro autóctono en el Théâtre du Soleil y, por qué no, escribir juntos el acto iv de Kanata, que algunos podrán actuar en la Cartoucherie durante el festival. Los signatarios de buena fe aprecian la idea; esa mano que les tienden los tiente. ¿Acaso que estaban pidiendo?

Pero cuando van a entablar la redacción de un comunicado común, un puñado de radicales, entre los más privilegiados de la asamblea, acusa a Mnouchkine de "querer comprar la paz". Más mestizos, poseedores del capital cultural necesario para intimidar al resto de la sala, consiguen romper el entendimiento. Finalmente, se escribirán dos comunicados por separado, pero prometen volver a verse. Para desgracia de los jefes inquisidores.

Una vez afuera, los intransigentes se despliegan por las redes sociales, azuzan los antagonismos y terminan tornando irreparable aquello que aún podía ser reparado. A través de una insólita violencia verbal, quienes querían continuar el diálogo son intimidados. La polémica desgasta las buenas voluntades, y la obra corre el riesgo de morir.

Un coproductor americano se retira del proyecto. Frente a la amenaza de boicot en Canadá, Ex Machina, la Robert Lepage, ya no puede participar. La mitad del presupuesto carece de financiamiento. Increpado todos los días, descrito como un abominable colono, en las antípodas de sus valores, el director flaquea. Anuncia que tira la toalla. Apabullada, Ariane Mnouchkine primero acepta su renuncia, luego se desdice y la rechaza. Si cedía ante semejante polémica, su compañía daría el peor de los ejemplos. Una decisión

corajuda, pero que tiene un costo. Sin subsidios y sin fondos canadienses, el espectáculo dejará una cuenta pendiente de 300.000 euros al Théâtre du Soleil, que deberá diferir sus demás creaciones durante meses, solo para resistir.⁴⁴

El acto I de Kanata vio la luz. Se presentó en diciembre de 2018 en la Cartoucherie. Menos ambicioso pero resplandeciente, sin fronteras ni barreras, aunado por el espíritu de troupe y sostenido por las ganas de dirigirse a todos. Un puñado de detractores se acercó al final del espectáculo a gritar, pero eso no empañó los generosos aplausos de la sala. Algunos quebequenses, entre los que figuraban habitantes autóctonos, viajaron especialmente desde Canadá para ver la obra, desolados ante la idea de que semejante odisea no pudiera ser representada en su tierra natal. La obra estuvo en Italia y Grecia, pero sigue sin pisar Canadá.

Hizo falta una insólita determinación para evitar la censura. En una entrevista concedida a Télérama, Ariane Mnouchkine se refiere a este triste episodio⁴⁵. La periodista comienza preguntándole si tuvo la impresión de haber cometido el pecado de "apropiación cultural".⁴⁶ Su respuesta debería ser enseñada a las nuevas generaciones: "Esos términos no significan nada para mí. [...] Las culturas no son propiedad de nadie. [...] Así como un campesino no puede impedir que el viento sople sobre su campo el relente de las siembras sanas o nocivas que realiza su vecino, ningún pueblo, aun el más insular, puede aspirar a la pureza definitiva de su cultura".

Con una imagen, esta figura del mundo del teatro instaló el decorado. Un poco más adelante, traza el equilibrio que ha de encontrarse: "Las culturas, todas las culturas, son nuestras culturas, son manantiales y, de cierta manera, todas ellas son sagradas. De ellas debemos beber de manera aplicada, con respeto y reconocimiento, pero no podemos aceptar que se nos prohíba acercarnos, pues entonces nos veríamos repelidos hacia el desierto". No se trata de ir a emborracharse, ruidosamente y sin respeto, al manantial del otro, sino de compartir un lago común, donde todo el mundo pueda abrevarse.

¿Quién puede echarnos de ese lago que es la cultura? "La primera de las censuras -advierte Mnouchkine- es nuestro miedo. Ser acusado de racismo da mucho miedo, y nuestros acusadores lo saben". Pero la fundadora de la troupe del

44 Gracias al Apoyo infalible del Festival d'Automne, que no cedió al chantaje.

45 Entrevista realizada por Joëlle Gayot, Télérama, 19 de septiembre de 2018.

46 El 23 de octubre de 2018, por invitación de la Runnymede Society.

Soleil tiene otra sensibilidad. Conoce demasiado bien la profundidad de sus convicciones para dejarse culpar, ergo, intimidar. Hay otros que carecen de esa fuerza. Ariane Mnouchkine lo sabe y le preocupa, lo cual multiplica su indignación contra los inquisidores: "¿A quién le conviene desgarrar la sociedad, precisamente de este modo?".

Uno se pregunta lo mismo que ella. ¿Cuál es el sentido de la inquisición, que desgarrar y censura? "¿En qué medida volverá esta a darnos el sentido del bien común, el amor por el bien común? ¿Por qué determinados ideólogos estarán intentando embaucar a nuestra juventud, aprovechando de forma negativa su idealismo, su generosidad y su sed de solidaridad y humanidad?".

La respuesta no está en el teatro, sino en la universidad, entre los ideólogos de la política de identidad, que enrolan en lugar de enseñar a crear. Poco tiempo después de esta polémica, la Universidad McGill dedicó una mesa redonda a la cuestión de la "apropiación cultural". Si Un seminario a todas luces organizado en torno a los censores: Alexandra Lorange, coautora de la citada tribuna contra la obra, y Safie Diallo, cofundadora del Colectivo Derecho y Diversidad..

Los escasos momentos de disidencia provinieron de un profesor catedrático de derecho, Maxime St-Hilaire. Anonadado por lo que oye, una postura victimista que ha renunciado a la razón", anotó una lista interminable de motivos esgrimidos aquel día "una para justificar los juicios por "apropiación cultural".⁴⁷ Algunos de ellos apuntan muy en particular a la obra de Robert Lepage. Se consideran "apropiativos": "La creación de una obra, musical, literaria, teatral, visual o cinematográfica, por varios creadores miembros de una 'cultura dominante', que se inspiran en una o varias 'culturas dominadas', sin haber obtenido la autorización de los representantes ni consultado a 'miembros de esa cultura de imitación", pero también "la atribución de un rol de personaje autóctono o miembro de una minoría 'raceada', sexual, de género, etc., a un actor alóctono o no miembro de la minoría en cuestión". Lo cual equivale a exigir castings sobre la base de pruebas de ADN.

El siguiente punto es más claro aún. Los universitarios del caso consideran apropiativa "la producción de una obra teatral, cinematográfica, musical o performática en la cual

47 Maxime St-Hilaire, "La critique d'appropriation culturelle, cette invraisemblable victoire iconoclaste", disponible en línea: <https://blogueaquidedroit.ca/2018/10/30/la-critique-dappropriation-culturelle-cette-invraisemblable-victoire-iconoclaste-partie-1/>, 30 de octubre de 2018.

la distribución de los actores, músicos, cantantes o artistas no sea 'representativa' en términos raciales o culturales".

¿Cómo juzgar la "representatividad" racial de un actor? ¿Pidiéndole que orine sobre un hisopo, hundiéndole un peine en el cabello, como hacía la policía sudafricana en tiempos del apartheid? Seguramente este nimio detalle sea discutido en el marco de algún próximo seminario.

¿Castings sobre la base de test de ADN?

El cine es un potente vector de lo universal. Mirando personajes de ficción aprendemos a identificarnos con el otro, a vivir otra vida que la propia, a veces "más grande", más dura o más audaz, y así nos develamos a nosotros mismos. Una película puede llegarnos al corazón, a las tripas, quemarnos la piel y transportar nuestra alma a otra parte. A otro cuerpo, a otra vida, a otra identidad.

Yo aprendí a escuchar mis deseos en el cine. Su prisma me ayudó a entender quién era, cuando ningún modelo a mi alrededor me lo permitía. Cuando cae la noche se estrenó en 1995. Era la primera vez que se exhibía una historia de amor entre mujeres. Una docente de una facultad religiosa se enamora de una acróbata mestiza, y aquel descubrimiento cambia su vida. El beso entre ambas cambió la mía.

Dudé mucho tiempo en sacar la entrada para ir verla. Llegué a la función tarde y con el corazón tembloroso. Solo quedaba un lugar, en la primera fila. Imposible desviar la mirada. Aquella historia de amor me pegó de lleno, puso gestos y caras a un deseo que no me atrevía a confesarme a mí misma. A la salida, casi me atropella un auto de lo conmovida que estaba. La película me convenció de que era hora de dejar de mentirme. Me gustaban las mujeres, y desde siempre. Era hora de hacerme cargo, fuera cual fuere el costo.

Los años que siguieron a mi coming out, fui al acecho de cualquier película que pusiera en escena a lesbianas. Hasta entonces, me identificaba con los personajes masculinos, sobre todo si besaban a chicas bonitas. Me sigo identificando con ellos. No obstante, estoy feliz de que haya más actrices abiertamente lesbianas y, más aún, personajes que se me parezcan en el cine. Como cineasta, tengo ganas de dirigir películas para las generaciones venideras. Eso sí, jamás se me ocurriría prohibirle a una actriz heterosexual que haga de lesbiana si su actuación es acertada y creíble. Al contrario, esa es la prueba de que nuestros combates registran avances y que las fronteras retroceden.

Veinte años después de mi coming out, se estrenó La vida de Adèle. Yo estaba en pareja desde hacía tiempo, estaba bien conmigo misma, con mi identidad. No fui a ver la película en sala. La mirada por demás masculina del director, Abdellatif Kechiche, que sin embargo es infinitamente talentoso, me disuadía. Terminé mirándola en mi casa, en la televisión. Me pareció fuerte, incandescente. Brillante en su modo de transmitir el ardiente deseo del director, que pueden sentir

todos los géneros. En las escenas de sexo miré para otra parte, me resultaron falsas. Así y todo, en ningún momento se me hubiera cruzado por la cabeza querer prohibir la película. No tenía más que dar vuelta la cara, o ponerme a dirigir otras historias. Lo cual terminé haciendo con Soeurs d'armes [Compañera de armas].

Siguiendo los pasos de una joven yazidí que se une a la resistencia kurda para vengarse de los yihadistas, elegí narrar una historia que, sin ser la mía, hace eco a mis militancias. Al adentrarme en la piel de mis personajes, tanto masculinos como femeninos, puedo entender la rabia de una heroína yazidí tanto como la perversidad de un yihadista. Hace muchísimos años que trabajo en torno al tema de los extremistas. La misión primera de un guionista es apropiarse de la vida de los otros. Y el milagro de la ficción, que nos fuerza a asumir todos los puntos de vista, a ver y a oír aquello que no somos. Ahora bien, es allí, en el corazón de ese mundo sin fronteras, que los inquisidores pretenden tender alambres de púa, imponer castings de ADN, asignar roles, poner bajo vigilancia el derecho a encarnar y representar. Todos deberían tener derecho a crear. Hasta los canallas, si encuentran gente que quiera trabajar con ellos.

No quise ir al cine a ver Yo acuso, de Roman Polanski. No soporté que lo compararan con Dreyfus durante la promoción de la película. Del mismo modo, me resultaría dudoso que se le rindiera homenaje personalmente, al tiempo que se acumulan los testimonios de mujeres acusándolo de violación. Pero no por eso iría a manifestar para pedir que saquen su obra de cartelera. Las obras poseen un alma propia. Son fruto de una gestación. A veces valen más que su creador. Tienen, pues, derecho a ser juzgadas por sí mismas. Lo cierto es que Yo acuso encierra un mensaje contra el antisemitismo que amerita ser visto, sobre todo en Seine-Saint-Denis,⁴⁸ donde unos idiotas querían desprogramarla.

En este caso, el enojo de las feministas no es irracional. Muy distinta es la cosa cuando los inquisidores prohíben a un director crear por el mero hecho de su identidad, su género, su sexo o su color de piel. Como le sucedió a Kathryn Bigelow en Detroit.

Hollywood cuenta con un escaso 8% de películas taquilleras al año dirigidas por mujeres. Kathryn Bigelow es una de las pocas directoras que logran quebrar ese techo de cristal. No filma películas intimistas. Se hace cargo de la

48 Departamento francés situado al noreste de París donde reside una importante población de origen inmigrante. [N. de la T.]

violencia, se adueña de temas como la guerra en *Vivir al límite* o en *Zero Dark Thirty*, que relata la persecución de Bin Laden. Que elija una temática tan sensible como los disturbios "raciales" de 1967 es una suerte para aquellos que corren el riesgo de ser matados en el marco de un control policial. El asunto divide las aguas, máxime en los Estados Unidos de Trump. Exige coraje, se necesita un nombre conocido y un casting de excelencia para tener la esperanza de poder financiar la película. Si encima hay grupos afroamericanos que protestan, el fracaso es certero, lo cual además disuadirá a otros directores de tocar esos temas a futuro.

En este caso, Kathryn Bigelow había tomado todos los recaudos necesarios. Se rodeó de "expertos" provenientes de la comunidad afroamericana, los cuales se espera que hayan sido escogidos, sobre todo, por su conocimiento del período. Hoy en día, la tendencia consiste en buscar "avales".

Tanto en cine como en el mundo editorial se está tornando habitual pedir que los guiones y manuscritos sean "aprobados" por sensitivity readers, lectores que en teoría poseen la sensibilidad adecuada en virtud de sus trayectorias o identidades. Tal es el caso de Sarah, relectora de Marruecos que se define como especialista en "islam, política y cultura marroquí, racismo", así como en "violación y síndrome postraumático". Eso dice su blog. Su sensibilidad se factura por renglón y, desde luego, no son más que consejos: "No hacemos otra cosa que guiar a los autores que nos piden ayuda: ellos son libres de seguir o no nuestro asesoramiento",⁴⁹ confiesa. Nos alegramos. El sensitive buró todavía no es una oficina de censura. Sobre todo, sirve de cortafuegos en caso de polémica por "apropiación". Como si el público no fuera lo suficientemente grande como para juzgar.

A menudo, las campañas de denigración se llevan a cabo de forma anticipada, sin haber visto la película, únicamente sobre la base del ADN de quienes la dirigen o actúan en ella. Hasta el talentoso Spike Lee, el más célebre de los directores afroamericanos, padeció el reproche de haber hecho una película sobre la violencia en Chicago... ¡cuando en realidad él es de Brooklyn! El politburó ya no se conforma con juzgar en función de la "raza", extiende su criterio a la dirección y al barrio de residencia.

Resulta imposible contar la cantidad de actores y actrices que debieron renunciar a un papel solo porque a los activistas no les parecían lo suficientemente negros. Zoe

49 Romain Jeanticou, "Lu et approuvé", en *Télérama*, 19 de septiembre de 2018.

Saldana casi tuvo que declinar el papel de Nina Simone. ¿Qué hay que tener para dar vida a un gran personaje? ¿La pigmentación que corresponde, o el grado de alma que corresponde? Los obsesivos de la epidermis ya resolvieron. Scarlett Johansson no actuará de Dante Gill, un proxeneta transgénero de la década de 1970. Si bien este recién cambió de sexo en vísperas de su muerte, hubo activistas que exigieron que el papel fuera desempeñado por un transexual.

Tales polémicas a veces son iniciadas por no obtuvieron el rol. En este caso, las que pusieron el grito en el cielo fueron Trace Lysette (que actúa en Transparent) y Jamie Clayton. Dos actrices transexuales que detestan verse reducidas a esa etiqueta, pero que la reivindican a la hora de criticar a una contrincante. "Los actores trans -escribe Jamie Clayton en Twitter- ni siquiera somos convocados a audiciones para cubrir roles de personajes trans. Ese es realmente el punto. Nosotras ni siquiera podemos entrar en esa habitación. ¡Desafío a todos aquellos que contratan a trans para actuar de no trans!". Otra oferta de casting en forma de chantaje.

Uno entiende el deseo de una actriz de ser considerada para un rol que le sea significativo. ¿Pero cómo aceptar que una actriz trans que actúa de mujer cisgénero de que la reciprocidad? Jamie Clayton, conocida por su papel en Sense8, de Netflix, también hizo de varias mujeres cis. Es un logro fantástico. Si la llamaran únicamente para roles de transexuales, se quejaría. Lanzaría a los productores el desafío de otorgarle otros papeles, y tendría razón. ¿Por qué de repente quiere prohibir que una mujer cis actúe de trans?

Hay que sopesar bien la otra cara de la moneda. Si se impone esta regla en el cine, los actores pertenecientes a las minorías ya no podrán actuar sino de personajes minoritarios. Deberán renunciar a la posibilidad de desempeñar todos los papeles. Y, sin embargo, la meta es esa: enriquecer lo universal con las más diversificadas representaciones. Un objetivo aparentemente demasiado ambicioso para los obsesivos de la identidad..

La presidenta de la ONG Transgender Europe llegó a tildar de "transfobia" el hecho de encomendarle a Scarlett Johansson el citado rol. Si la oímos, "el mensaje que se envía al público es que las personas trans solo son hombres o mujeres disfrazadas". Claramente, estamos desvariando. La actriz estadounidense debía actuar de una mujer... que solo se operó al final de su vida. ¿Por qué ha de ser esta representada por una transexual? Y sobre todo, ¿en qué medida

disuadir a una gran figura de Hollywood de hacer ese papel contribuirá a mitigar la transfobia? La película será mucho más difícil de realizarse, tendrá menos recursos y menos eco.

Girl fue objeto de otra polémica, igual de injusta. Su director, Lukas Dhont, trabajó durante años para llevar a cabo esa primera película, inspirada en una historia real. Antes de escribir el guion, filmó un documental sobre la trayectoria de su protagonista, un muchacho que soñaba con ser bailarina. Aquella pequeña perla cinematográfica conmovió al público de todo el mundo, incluidos ciertos países donde la transexualidad aún está prohibida. En lugar de congratularse, hubo militantes que le arrojaron la primera piedra. No todos. La película recibió la Queer Palm. Pero varios activistas trans la odiaron, y están en su derecho. Inclusive es absolutamente legítimo que den entrevistas para explicitar por qué la historia no les genera ninguna emoción. El cine sirve para eso. Sin embargo, algunos fueron mucho más lejos, hasta negarle al director el derecho a adueñarse del tema por ser "cis".

Otros le recriminaron esbozar un retrato considerado "victimista", demasiado siniestro. Es atendible. El problema es que la película se inspira en una historia verídica, la vida de Nora Monsecour. No tiene por qué relatar todos los derroteros trans, sino solo el suyo. Al igual que las películas sobre personajes heterosexuales o cisgéneros, que narran una historia determinada. Si hay transexuales que quieren contar su propia historia, que se pongan detrás de una cámara en lugar de acribillar las películas ajenas.

Hay roles que reciben un plus de autenticidad si son representados por actores que ostentan la misma identidad que el personaje. Tal es el caso de Laverne Cox, una actriz realmente trans que hace de Sophia Burset en Orange Is the New Black. O de Peter Dinklage al actuar de Tyrion Lannister, el entrañable enano estratega de Game of Thrones. Nótese que se trata de series, un universo donde se dispone de tiempo para desarrollar los personajes, donde el casting no necesita ser "bankable" para financiar un proyecto. Los personajes de Sophia Burset y Tyrion Lannister, además de estar magníficamente interpretados, son profundos y complejos. Peter Dinklage no es tan solo el "enano" de Game of Thrones. Logró convertirse en el personaje más inteligente, más razonable, más sorprendente, aquel con el cual uno se identifica. Una hazaña. Y un ejemplo. Sin embargo, aunque cueste creerlo, Peter Dinklage también padeció un juicio por "apropiación cultural"..

El entendimiento. Gracias al éxito mundial de la serie, el actor pudo realizar la película de sus sueños. Un biopic dedicado a Hervé Villechaize, uno de los actores enanos más famosos de la historia de la televisión. Con su cabello marrón y su corte de taza, su traje blanco y su moño, siempre un tanto mordaz e irónico, actuó de Tattoo en la serie La isla de la fantasía y de secuaz Nick Nack en un James Bond. El hombre de la pistola de oro es uno de los pocos filmes para el gran público en los que un enano no actúa de enano, sino de un verdadero personaje. Un modelo que marcó al actor de Game of Thrones. Peter Dinklage y él eran amigos. Tras la muerte de aquel, este quiso realizar una película sobre su vida y jugar su papel. Podemos imaginar lo dificultoso que habrá sido financiar el proyecto. Y podemos imaginar también su cara al ver esos fondos amenazados por las acusaciones por apropiación cultural.

Convencidos de que Hervé Villechaize era filipino, algunos internautas culparon al director de haber hecho "whitewashing" y "yellow face". En realidad, se trata de un error de la página Wikipedia. Si bien el actor tenía tez morena, era blanco y francés. Algunos, además, interpretaron que sus ojos eran rasgados. Estamos rozando la "enanofobia". Pero Peter Dinklage sabrá mostrarse lo suficientemente educado para no enrostrarles a la cara: "Esas personas creen estar en lo política y moralmente correcto y así hacer que las cosas avancen, pero esto es prejuizar y suponer el origen étnico de Villechaize basándose únicamente en su apariencia".⁵⁰

Consternado ante ese "runrún", Dinklage se ve obligado a detallar el pedigrí étnico de su amigo: "Hervé no era filipino. Conocí a su hermano y a otros miembros de su familia. Era francés y tenía sangre alemana e inglesa". El actor, bastante bien posicionado en el campeonato de las minorías, invita con amabilidad a sus detractores a atemperar sus prejuicios. Cuando les decimos que los identitarios no son los nuevos antirracistas, sino los nuevos racistas...

Por culpa de esa absurda polémica, hay personajes minoritarios que nunca existirán. Los productores ya no querrán meterse con esos temas. ¿Se imaginan la cantidad de obras maestras que nos habríamos perdido si esa mentalidad hubiera reinado antes? Richard Berry jamás habría podido hacer de policía árabe en L'Union sacrée, ni de armenio en Mayrig. ¿Anthony Quinn, medio irlandés y mexicano, no habría

50 Robert Moran, "He Wasn't Filipino': Game of Thrones Star Rubbishes "Whitewashing Claims", en The Sydney Morning Herald, 30 de agosto de 2018.

podido actuar en Zorba el griego! Y Marlon Brando, que sin embargo podía aspirar a un máximo de simpatizantes gracias a sus raíces francesas, alemanas, holandesas, irlandesas e inglesas, ¿no habría sido lo suficientemente italiano como para interpretar El padrino!

Si llegamos hasta las últimas consecuencias de esta lógica, inclusive podemos afirmar que el juego de roles ha quedado proscrito. Si ya no podemos actuar un personaje que no tenga la misma identidad que nosotros, si los trans solo pueden hacer de trans, los homosexuales de homosexuales y los heterosexuales de heterosexuales, si los discapacitados deben actuar de discapacitados, ¿cómo hacemos con las películas de ciencia ficción? ¿Habrá que encontrar a un hombre azul para que actúe en Star Trek? Y sobre todo, ¿quiénes harán de zombis?

¿Homenaje o saqueo?

Existen casos de apropiaciones problemáticas: cuando una persona, un grupo o una empresa se adueña de la "propiedad intelectual" de una obra, una creación o un descubrimiento, sin respetar el derecho de autor o de patente. Ese tipo de plagio habilita una indemnización por daños y perjuicios, y aquel o aquella que entabla la demanda deben aportar la prueba de autoría de la creación original en cuestión. El enfoque es mucho más difuso, mucho más resbaladizo, tratándose de la apropiación llamada "cultural". Uno de los casos que pueden justificar el uso de ese término es sin duda el de los museos que viven de la exposición de obras de arte saqueadas. O si un grupo dominante, más aún en el caso de una marca, acapara un elemento que simboliza la cultura de un grupo dominado para extraer una ganancia comercial.

Esta cuestión se puede plantear cuando un gran grupo farmacéutico se apropia de una receta terapéutica tradicional sin transferir la menor participación a quienes obraron por transmitirla y perpetuarla. Esos supuestos están cada vez más enmarcados por la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual. A pedido de comunidades locales y autóctonas, los Estados miembros están trabajando "con miras a elaborar uno o varios instrumentos jurídicos internacionales que apunten a asegurar la protección eficaz de los saberes tradicionales, de los recursos genéticos y de las expresiones culturales tradicionales (folclore)": "Muchos afirman que la utilización de los saberes tradicionales debe quedar subordinada a un consentimiento libre y previo con conocimiento de causa, en particular en lo que atañe a los elementos sagrados y secretos". El documento aclara, empero, que "otros temen que el otorgamiento de un derecho de inspección exclusivo sobre las culturas tradicionales frene la innovación, limite el dominio público y sea difícil de implementar en lo concreto".

Imaginemos que una comunidad tradicional decreta que el aloe vera o la "garra del diablo", una planta de Namibia increíblemente eficaz contra los reumatismos, sea sagrada, que forme parte integrante de su cultura y le pertenezca. ¿Se ha de respetar ese monopolio en nombre de la cultura y dejar sufrir a otra gente que podría verse aliviada por aquella planta? La verdadera solución es militar por una agricultura biológica y un comercio justo, combates constructivos que no interesan demasiado a los pasionarios de la identidad. Si

siguiéramos las ideas de estos, terminaríamos creyendo que el planeta está amenazado de extinción por culpa de Disney.

Uno entiende el interés mediático de rebelarse contra una marca estadounidense que tanto impacto tiene en nuestros

Imaginario. El drama sería que Disney solo narrara la historia de Blancanieves y nunca la de Mowgli, u otros personajes que se asemejen a los niños de todo el planeta. Pero eso no es así. El estudio se toma el cuidado de poner en valor culturas muy diferentes, inspirándose en cuentos de todas las latitudes. ¡Precisamente lo que le recriminan los inquisidores! Su apertura a la diversidad le vale una lluvia de juicios por "apropiación cultural". La mayoría de ellos son absurdos. No todos.

Tomemos el caso de Moana, basado en la leyenda polinesia. No podemos más que alegrarnos de que Disney popularice ese relato, ergo, esa cultura. El inconveniente comienza cuando aparecen los productos derivados. En la leyenda, el dios Maui está vestido únicamente con un taparrabos y un collar. Para su disfraz, la marca propuso un traje cubierto de tatuajes, lo cual disgusta a los polinesios. En efecto, en su cultura, los tatuajes en teoría cuentan una historia personal. Un modelo de atuendo estandarizado no tiene ningún sentido. Para una periodista oriunda de las islas Fiji y Tonga, el disfraz constituye una ofensa en sí misma: "Lucir las marcas de un pueblo al cual uno no está ligado física o espiritualmente está considerado un acto muy irrespetuoso".⁵¹ ¿Hay que estar "física o espiritualmente ligado" a una cultura para poder lucir sus marcas? Eso sería lisa y llanamente el fin del derecho al disfraz y, por extensión, el fin del teatro y el juego de roles. Lo que sí hay que decir es que claramente fallaron. Antes de fabricar un traje que aspire a ser polinesio, Disney habría podido informarse, publicar un kit que permita que cada niño agregue su propio tatuaje, más personal, como en la cultura de origen. El problema no es inspirarse en otra cultura, sino desconocerla al tiempo que se pretende compartirla.

Otra polémica bastante legítima afectó a Disney. Esta vez, en torno a "Hakuna Matata". La expresión "no hay problema" en kiswahili se convirtió en una de las frases de culto de El rey león. Un homenaje evidente. Un filme tiene todo el derecho a que sus personajes hablen en el idioma que se les dé la gana. El problema surge cuando Disney decide

51 Arieta Tegeilolo Talanoa Tora Rika, "How Did Disney Get Moana So Right and Maui So Wrong?", en BBC News, 21 de septiembre de 2016.

patentar la expresión para imprimir camisetas. Podemos apropiarnos de una expresión común y corriente en el marco de un guion de cine. Difícilmente podamos registrarla como si la hubiéramos inventado, cuando 150 millones de hablantes del África subsahariana la utilizan todos los días. Hubo periodistas de la prensa africana que reaccionaron.⁵² Los entendemos. Tanto como aprobaríamos que un fabricante de habla kiswahili aproveche la ganga para imprimir camisetas que digan "Hakuna Matata" sin pagarle derechos a Disney.

Más difícil resulta compartir la ira de una bloguera contra un pantalón de Zara que recuerda vagamente el sarong, un modelo tradicional anudado que lucen muchos indonesios, pero del que ella se apropia por ser el que usaba su tío.⁵³ ¿Realmente la prenda le pertenece más a él que a Zara? ¿Realmente estamos ante un saqueo? Es cierto que el pantalón comercializado por la marca es flexible. Es cierto que se anuda más o menos de la misma manera. Pero no es menos cierto que la tela no tiene nada que ver con el original. El motivo francamente es más escocés... ¿Vamos a dejar de producir pantalones con cierre de relámpago en Asia porque también existen en Europa? El enojo de la bloguera se ve multiplicado porque el pantalón de la marca española cuesta diez veces más caro que el sarong indonesio. ¿Pero quién la obliga a comprarlo? Personalmente, yo compro mis sarongs en Indonesia. Rezando para que no hayan sido tejidos por niños, dado el módico precio de venta. Y no, aclaro, mi tío no se ponía sarongs. Aquella polémica, aislada y grotesca, no llegó a prosperar.

En cambio, Zara no esperó ni un día para retirar del mercado sus calcetines con rombos de colores, motivo inspirado en la etnia sudafricana xhosa, a la cual pertenecía Nelson Mandela. Una lástima, eran hermosos. Un porcentaje de cada venta habría podido servir para apoyar a la comunidad o a esa cultura. Pero la campaña no provino de los xhosas. Surgió de un medio que se ha convertido en el principal fiscal de las inquisiciones por apropiación cultural: AJ+.

Última criatura del grupo Al Jazeera, se trata de una cadena de videos que se presenta como un medio "inclusivo" y predica el multiculturalismo. En realidad, es una herramienta de propaganda del Estado qatari, cuyas imágenes se empecinan en mostrar el peor rostro racista de Occidente. Ideal para

52 Barthélemy Dont, "Disney accusé d'appropriation culturelle pour l'expression 'Hakuna Matata'", en Slate, 18 de diciembre de 2018.

53 Elizabeth Segran, "Zara Just Culturally Appropriated My Uncle's Sarong and Wants to Charge \$100 For It", en Fast Company, 31 de enero de 2018.

facilitar la militancia de los islamistas, a los que Qatar apoya y financia en todo el mundo. De más está decir que el modelo de "inclusión" qatarí, en particular, la forma en que trata a las mujeres y a los trabajadores inmigrantes, jamás es cuestionado. La mayoría de las víctimas de los juicios por "apropiación cultural" no son ni los auténticos poderosos ni los auténticos malos, sino a menudo artistas o creadores que mezclan influencias. Tal es el caso de Jamie Oliver. Sus platos, muchas veces inspirados en la cocina italiana de su mentor, volvieron a seducir a la gastronomía inglesa. Entre las mil recetas que revisita, necesariamente sobre la base de ingredientes ya utilizados, se le reprocha haber comercializado un "arroz jerk", que en realidad no lo es tanto.⁵⁴

El nombre hace referencia a la mezcla de especias ideada por los esclavos africanos del siglo XVII. Popular en Jamaica, ese sabor a menudo sazona el pollo y no el arroz, lo cual bastó para desatar una polémica. Los internautas protestaron, alegaron que la receta no contenía todas las especias del "jerk". Nada grave, solo un runrún, y más bien instructivo. El exceso vino de una diputada laborista que exigía que el plato fuera retirado. En un tuit visiblemente destinado a arrastrar el voto negro, Dawn Butler soltó: "Me pregunto si usted sabrá de veras qué es el jerk jamaicano. No es una mera palabra que le ponemos a las cosas para venderlas... Su arroz jerk es incorrecto, y semejante apropiación de Jamaica debe cesar". Jamie Oliver le respondió mediante un comunicado sobrio y digno. Sin disculparse, recuerda "haber trabajado con sabores y especias del mundo entero durante toda su carrera" y simplemente aclara su propuesta: "Al darle ese nombre al arroz, mi intención era tan solo mostrar de dónde venía mi inspiración".

Si Jamie Oliver hubiera utilizado esa receta sin mencionar su origen, se lo habría acusado de saqueo. Si la adapta, se lo acusa de traición. Uno termina preguntándose si acaso los fanáticos del juicio por apropiación cultural no estarán soñando con un mundo monocultural, en el que cada uno se vistiera, se peinara y comiera según su origen.

54 Aquí hay una nota de humor: en inglés, jerk significa tarado. [N. de la T.]

Competencia victimista

Una parte no desdeñable de la histeria colectiva actual se debe a la epidermis por demás delicada de las nuevas generaciones. Y más aún al hecho de que se les ha enseñado a quejarse para existir. Las sociedades del honor alimentaban el heroísmo, a costa de un virilismo guerrero. Las sociedades contemporáneas han colocado el estatus de víctima en lo alto del podio. Por buenos motivos. Invertir la relación de fuerzas, derrocar las dominaciones, tener en cuenta a los más débiles. El exceso comienza cuando la victimización tiende a acallar otras voces, y no precisamente la de los dominantes.

Las víctimas de violación, hostigamiento, genocidio, racismo, homofobia o transfobia merecen nuestra atención, que las escuchemos y saquemos las conclusiones del caso para desterrar los mecanismos que trituran nuestros vínculos. Muy distinto es que los oportunistas se aprovechen de la compasión para abrir una oficina de quejas permanente, donde se indignan por todo y nada, sin ver las cosas con perspectiva, simplemente para tener un kiosco y existir en los medios. Las más de las veces con el fin de destronar a un contrincante.

Ese es uno de los aspectos no desdeñables del circo victimista: una gran competencia. Muchos inquisidores entendieron que la cantidad de plazas de víctimas era limitada, sobre todo en un país tan competitivo como Estados Unidos. Ergo, están dispuestos a entrar a los codazos y jugar la carta de la "raza", el "sexo" o el "género" si eso les permite atender su ambición. Un reflejo, casi una rama de especialización que las universidades son las primeras en alentar.

Dos profesores de sociología, Bradley Campbell y Jason Manning, dedicaron un libro a describir "el ascenso de la cultura victimista" en los campus americanos, en un 88% liberales.⁵⁵ Los ejemplos que ofrecen son aterradores. Oberlin, una facultad de artes de Ohio muy de izquierda, es un verdadero caso típico. Una usina de fabricación de víctimas y censores. Sus estudiantes son instigados a perseguir el racismo por doquier: en las calles, en el campus e inclusive en el comedor universitario. En 2013, estallido: por fin creen tener entre manos un escándalo. ¿Alguien habría cometido un acto de provocación paseando por el campus vestido con el atuendo del Ku Klux Klan! Tras una

55 Bradley Campbell y Jason Manning, *The Rise of Victimhood Culture*, Londres, Palgrave Macmillan, 2018.

investigación, resultó ser una estudiante envuelta en una manta blanca por el frío. La paranoia circulaba desde que se habían encontrado mensajes racistas y antisemitas en las paredes del campus. En ese caso, la investigación también defraudó. Los mensajes de odio eran obra de dos estudiantes izquierdistas que querían sensibilizar a la comunidad. Dos años más tarde, por fin, los alumnos de Oberlin tienen un motivo genuino de revuelta, el Mayo Francés de ellos: el menú del comedor.

La carta del día promete platos de Vietnam. Encantada, una estudiante de primer año oriunda de ese país se ve seriamente decepcionada... El bánh mì que le sirven no es fiel a la receta que ella conoce. En lugar de una baguette crujiente envolviendo cerdo asado y verduras en vinagre, muerde una ciabatta rellena con cerdo desmechado y coleslaw. Uno entiende su decepción, frecuente en Estados Unidos en materia de refinamiento culinario, ¡pero de ahí a iniciar una campaña mediática por "apropiación cultural"!

La directora del restaurante entra en pánico de inmediato. Retira el plato del menú, ofrece sus disculpas a los alumnos, se preocupa por saber si se "sintieron incómodos". La prensa local comienza a hablar. Investiga sobre el crimen al modo de un hecho policial y advierte: si personas no vietnamitas modifican una receta y la presentan como "auténtica", se la están apropiando. Como si existiera una receta "auténtica" de un plato que ha viajado tanto.

Según Laurent Dubreuil, que dedicó un libro a la dictadura de las identidades, sobre todo en los campus, el nombre bánh mì viene de "pan de miga" en francés. El mismísimo nombre es fruto de la apropiación de varias recetas de otras culturas. La incorporación de determinados ingredientes tildados de "auténticos" ¿data del período colonial!⁵⁶ · Cabe respetar hasta ese punto el aporte gastronómico de la colonización? Es improbable que la sutileza de semejante cuestión logre hacerse un lugar en un debate universitario.

Desde hace ya algunos años, los profesores se muestran aterrorizados ante la idea de abordar determinados temas considerados "ofensivos", o "fuente de inseguridad" para sus alumnos. Incluso deben avisar si tienen la intención de referirse a obras susceptibles de turbarlos o de contener "microagresiones". Esa es la expresión que emplean ciertos docentes para designar "las indignidades verbales,

56 Laurent Dubreuil, op. Cit.

comportamentales y medioambientales cotidianas, breves y banales, intencionales o no, que comuniquen un sentimiento de despertencia o negatividad según la raza, la orientación sexual o el género, así como afrentas e insultos de carácter religioso para con un grupo o una persona".⁵⁷ Una definición más bien maximalista, cuya autoría corresponde a un profesor de asesoramiento psicológico de Columbia, Derald Wing Sue, traumatizado por una experiencia personal. No un menú del comedor, pero casi.

Un día, estaba en un avión junto a una colega afroamericana, cuando una azafata informó a los pasajeros de que la aeronave presentaba sobrecarga y pidió que determinadas personas a bordo descendieran.⁵⁸ En el caso que nos ocupa, se dirigió a ellos, y ambos docentes están persuadidos de que fueron elegidos en virtud de sus orígenes. La azafata lo niega rotundamente y semejante juicio de intenciones la horroriza. ¿Pero cómo defenderse si esa impresión se funda en la percepción de ellos? Los dos profesores eméritos, por ende más bien privilegiados, se niegan a hacer la distinción entre una ofensa "intencional" y una ofensa "no intencional". Una denegación de la complejidad que luego enseñan a sus alumnos.

Con un trauma que le duró mucho tiempo y describiendo una furia interior tal que la sangre le latía en las sienes, Derald Wing Sue invita a sus alumnos a señalar la más mínima "microagresión". ¡Vaya ejemplo! Si dos profesores universitarios, bien plantados, de cierta edad y con cierto nivel de ingresos, les enseñan a ponerse en semejante estado por tan poco, ¿cómo sería de extrañar que surgiera una generación tan sensible, por no decir susceptible?

En adelante, las universidades estadounidenses están regidas por un catálogo por demás exhaustivo de "microagresiones"; Oberlin desde luego, pero también Harvard, Columbia y Brown. Esas "microagresiones" incluyen frases efectivamente insoportables, como el famoso "¿De dónde vienes?" que las personas no blancas deben escuchar una y otra vez. Pero llegan hasta reflexiones mucho más anodinas, o que merecen un debate.

Como decir que "Estados Unidos es un melting pot", o poner en duda el principio de la affirmative action⁵⁹ fundada en criterios étnicos, por un "Creo persona más calificada

57 Citado por Bradley Campbell y Jason Manning, op. Cit., p. 3.

58 Por más alucinante que parezca, esto es frecuente en Estados Unidos.

59 También conocida como positive discrimination, discriminación positiva. [N. de la T.]

debería obtener el empleo". Lo cual, de hecho, prohíbe discutir al respecto.

Para no alterar a sus alumnos ni su identidad, los profesores ahora deben emitir trigger warnings, "advertencias". Así, los estudiantes sensibles pueden retirarse del aula antes de verse afectados. Un poco como las advertencias para niños cuando en la televisión pasan una película violenta o porno. Con la salvedad de que aquí se trata de adultos, de clases universitarias, ¡y que tales advertencias conciernen a obras clásicas como Antígona o El gran Gatsby! Novela que alude al suicidio y contiene escenas de violencia sexual explícitas.

Hay alumnos que dicen temer que determinadas obras les hagan "revivir sus demonios". ¿Acaso no es esa la razón de ser de la literatura? ¿De qué sirve cultivarse sin sentir? Muchos de los sindicatos estudiantiles ya han resuelto. Exigen un "derecho de retirada" en caso de contenidos sensibles. Así como lo leen. Los profesores deben "advertirles" en el supuesto de contenidos potencialmente turbadores... Y los alumnos tienen derecho a abstenerse, por anticipado, de asistir a esa clase potencialmente perturbadora. Tal es la reivindicación explícita formulada por estudiantes de varias universidades prestigiosas.

En 2014, año en que comienza esta moda, la Universidad de Santa Barbara, en California, intenta sistematizar tales "advertencias": "Para darles la opción de ir o no a clase, en lugar de que se retiren en medio de la exposición". Un año después, unos alumnos de Columbia retoman la idea. Firmaron un manifiesto titulado *Our identities matter in Core classrooms*: "Nuestras identidades importan en las clases troncales"⁶⁰, una variación en torno al famoso Black Lives Matter. Ya no para escapar a la violencia policial racista, sino para evitar el shock de un trastorno identitario causado por la literatura.

Los alumnos de Columbia exigen directamente que se retiren de las materias centrales ciertas obras consideradas eurocéntricas o demasiado violentas. Citan el ejemplo de una alumna traumatizada por el estudio de *Las metamorfosis* de Ovidio, dado que la joven había padecido violencia sexual. Además de hacerle revivir su trauma, la alumna se habría sentido ofuscada por la distancia del profesor, que "concentró su atención en la belleza de la lengua y el esplendor de la imagería". Si nos atenemos a los portavoces

60 Kai Johnson et al, "Our identities matter in Core classrooms", *Columbia Spectator*, 30 de abril de 2015.

de su sufrimiento, la estudiante "no se habría sentido segura en clase". Lo cual equivale a reducirla a su condición de víctima. Y parece justificar la censura de *Las metamorfosis*, doblemente descalificada por ser violenta y occidental. Como "tantos textos del canon occidental", prosigue el manifiesto, "la obra está constituida por un contenido que ofende y provoca, y que marginaliza las identidades de lxs estudiantes en el aula". En pocas líneas, se endilga un matiz de índole racial a las grandes obras de la literatura, juzgadas en función del color de piel de su autor, antes de verse confundidas en un solo y mismo "canon occidental", caricaturizado como violento y racista. El manifiesto concluye, con toda naturalidad, que las mujeres violadas, así como las personas de color y los pobres, no pueden estudiarlas: "Esos textos, íntimamente ligados a las historias y a los relatos de la exclusión, pueden ser difíciles de leer y discutir en tanto sobrevivientes, personas de color o estudiante procedente de un entorno socioprofesional poco elevado".⁶¹ Nótese de paso el tono paternalista para con esos pobres alumnos, pertenecientes a entornos socioprofesionales "poco elevados", a quienes no se les atribuyen grandes capacidades más allá del exótico estatuto de víctimas a que hay que defender. Compadecemos a los docentes a cargo de abrir las mentes de alumnos tan cerrados.

El más caro deseo de todo xenófobo intolerante se cumple a través de la izquierda victimista. El contragolpe no tardó en llegar. Después de *Las metamorfosis* de Ovidio, los alumnos exigieron censurar todas las "obras" con una pizca de originalidad. En la Universidad Duke, un estudiante cristiano dijo sentirse "ofendido" por el contenido de un cómic de Alison Bechdel, *Fun Home*, que cuenta la vida de parejas de mujeres y contiene un dibujo donde estas hacen el amor.⁶² Si los izquierdistas se sienten ofendidos por el estudio de obras occidentales, ¿por qué los integristas no se sentirían ofendidos ante la idea de estudiar obras liberales?

No es más. Los diktats enunciados por los identitarios de izquierda siempre acaban sirviendo a la derecha identitaria. El estudiante de Duke no tuvo más que invocar su identidad religiosa y los Evangelios para justificar la censura. Su referencia grotesca que el manifiesto de Columbia. Un estudiante musulmán se acercó a brindarle su apoyo. Él

61 "Este manifiesto, pasmoso, es citado por Laurent Dubreuil, op. Cit., pp. 88 y 89.

62 Brian Grasso, "I'm a Duke Freshman. Here's Why I Refused to Read *Fun Home*", en *The Washington Post*, 25 de agosto de 2015.

también dijo estar preocupado de ver cómo esa literatura liberal estaba diluyendo su identidad religiosa: "He visto a tanta gente que lisa y llanamente arrojó a la basura su identidad en nombre de la laicidad, la apertura mental y el liberalismo social".⁶³

En Francia, hemos vivido la misma alianza. Mientras el gobierno experimentaba programas que apuntaban a deconstruir los estereotipos de género, algunas familias cristianas y musulmanas se pusieron de acuerdo para exigir poder retirar a sus hijos durante esas clases... ¡para no exponerlos a la "teoría del género"! He aquí adónde conduce la política de la identidad. A transformar a los antirracistas en talibanes de la cultura. Los jóvenes identitarios de izquierda todavía no disparan a las estatuas, pero sí piden esconderlas. En la Universidad Hofstra, cerca de Nueva York, unos alumnos manifestaron al grito de "Fuera Jefferson!"

Para pedir que se retirara la estatua de Thomas Jefferson de un sendero. ¿Por qué arremeter contra uno de los redactores de la Declaración de Independencia, gracias a quien esos mismos estudiantes hoy se benefician de tantas libertades? Utilizan esa libertad que no tuvieron que conquistar para recriminarle a título póstumo el haber tenido esclavos, cuando eso era una práctica unánime entre los hombres del Sur de su rango social.

Estos jóvenes, a fuerza de vivir en un mundo descontextualizado, el de las redes sociales, sin que las universidades los eduquen para tener un espíritu crítico, son de una injusticia anacrónica. Sus excesos deleitan al electorado de Donald Trump. Efectivamente, un joven conservador que inició una petición contraria con miras a proteger la estatua de Jefferson pudo pavonearse por los sets de Fox News como defensor de la memoria y la libertad de expresión.⁶⁴ Así es como la izquierda identitaria permite que gane la derecha identitaria. Atacando todas las libertades, de hablar, de crear. Ni la derecha más integrista consigue rivalizar con estos nuevos censores. En Wellesley, trescientos estudiantes firmaron una petición solicitando que se escondiera la estatua de un hombre ligero de ropas. Según decían, ipodía "estresar" a determinadas alumnas, víctimas de violencia sexual!⁶⁵

63 Citado por Laurent Dubreuil, op. Cit., p. 90.

64 Lukas Mikelionis, "Thomas Jefferson Statue Must Go, Some Hofstra University Students Say", Fox News, 30 de marzo de 2019.

65 Sarah Mahmood, "Why Wellesley Should Remove Lifelike Statue of a Man in His Underwear", en The Huffington Post, 6 de febrero de 2014.

La universidad del miedo

Cuando no exigen censurar obras o desmontar estatuas, puede ocurrir que los estudiantes reclamen safe spaces.⁶⁶ Lugares donde puedan encontrarse entre ellos, con el fin de recuperarse de tantas ofensas, de la alteridad, y hasta de la complejidad del mundo. Como escribe Laurent Dubreuil, el safe space se ha transformado en un "same space"?! Una sala comunitaria, donde se reúnen alumnos de la misma identidad, a veces para rezar.

Como en muchos otros casos tratándose de esta ideología victimista, la noción viene del psicoanálisis y designa un lugar virtual, protegido de toda violencia. Allí se refugia uno para reencontrar el equilibrio. Una suerte de panic room menos elaborado. Hasta aquí, el concepto se utilizaba para designar los espacios que acogían a personas vulnerables, como mujeres golpeadas, prostitutas o drogadictos. Más adelante, la moda del safe space se extendió a la universidad, que sin embargo es un entorno privilegiado.

¿Quién puede estar en contra de que un alumno desee desarrollar un refugio interior? Elegir sus amistades por afinidad es la naturaleza misma del ser humano. ¿Pero por qué entonces exigir de la universidad un lugar físico donde reagruparse en función de la identidad? Dicho lugar sirve, sobre todo, para huir de la menor discusión literaria, del más mínimo debate contradictorio que pueda sacudir las convicciones e identidad propias. Es una forma de sugerir que la confrontación es una agresión. ¿Corresponde realmente al templo del saber fomentar semejante susceptibilidad? Sería lisa y llanamente la muerte de la universidad tal como la concibió Thomas Jefferson, un santuario de la "libertad irrestricta del espíritu humano", donde no debemos "tener miedo de seguir la verdad, nos lleve adonde nos lleve". Ese sueño se está muriendo. Los estudiantes-clientes han transformado el templo del pensamiento en un templo del terror.

Cuando uno se entera del precio que pagan los alumnos por estudiar, hasta 60.000 dólares al año, y más también, uno creería que es más conveniente quedarse con ese dinero, construir un panic room en su casa y encerrarse allí con doble vuelta de llave. Ese es precisamente el problema de la universidad estadounidense. Cuesta tan cara que los alumnos se comportan como clientes tiránicos. Están motivados por su

66 Laurent Dubreuil, op. Cit., p. 82.

dinero, exigen obtener su diploma sin verse sacudidos en sus convicciones ni salir de su zona de confort emocional. A punto tal de transformar esos lugares de saber en parques de atracciones para turistas del pensamiento. Los campus son espectaculares, los jardines están bien mantenidos, pero allí sobre todo se aprende a hacer deporte y a frecuentarse entre "iguales", no a convertirse en ciudadanos capaces de mezclarse o de afrontar otros puntos de vista. Lo cual nos promete generaciones narcisistas y neuróticas, que redoblarán de rabia contra los demás en las redes sociales.

Durante un discurso pronunciado en la Universidad de Michigan, Michael Bloomberg, antiguo alcalde de Nueva York, se alzó contra esta cultura victimista, la de las "microagresiones" y los safe spaces. Le reprocha haber creado una ilusión, "la falsa impresión de que uno puede aislarse de quienes tengan un punto de vista diferente".⁶⁷ Ese es también el parecer de una teóloga musulmana progresista, Irshad Manji, que enseña en la Universidad de Hawái. Alarmada por la susceptibilidad de ciertos estudiantes, aboga por una doble revolución educativa: "En una época en que cada vez más escuelas enseñan a los jóvenes a no ser ofensivos, también han de enseñarle a la nueva generación a no sentirse tan fácilmente ofendida".⁶⁸

Con esa disposición mental fue que acepté dar una serie de conferencias sobre Charlie Hebdo y la laicidad en Duke y Hollins, en 2016. Fue justo después de la elección de Donald Trump, en dos estados marcados por la esclavitud y la segregación: Carolina del Norte y Virginia. De más está decir que llegaba a un terreno minado. Sin embargo, el golpe que representó la elección de Trump y la insolvencia de la izquierda que había precipitado semejante resultado permitían anhelar un conato de autocritica por parte de aquellos estudiantes desorientados. Yo iba dispuesta a debatirlo todo. Los profesores que me invitaron, cabe precisar, no eran estadounidenses, sino europeos. Aterrados ante la idea de desagradar a sus alumnos y perder el empleo, suelen apelar a expositores exteriores para intentar abordar, pese a todo, ciertos temas que se han convertido en tabú. Esas jornadas estimulantes confirmaron mis temores, al tiempo que dejaron entrever la posibilidad de un sobresalto crítico en el seno de esta curiosa generación.

67 Citado por Bradford Richardson, "Michael Bloomberg Booed at University of Michigan For Ripping Into 'Safe Spaces'", en The Washington Times, 2 de mayo de 2016.

68 Jason Duaine Hahn, "Schools 'Need to Teach Kids 'How Not to Be Offended in 2019, Educator Pleads'", en People, 4 de abril de 2019.

En Duke, un campus idílico, con jardines sin fin, un lago una catedral, conocí a unos estudiantes muy simpáticos, que se sentían muy culpables por estudiar en un lugar fundado por un hombre bastante adelantado para su época en materia de educación, pero que no impugnaba la esclavitud. Estos alumnos blancos me hicieron visitar su cripta, casi escupiendo sobre su tumba, con todo el desprecio que se esperaba de ellos y de su color.

La universidad permanece marcada por un acontecimiento que dice mucho sobre la sensibilidad al rojo vivo que reina en el campus. En 1997, alguien halló una muñeca negra colgada de la nariz a la rama de un árbol, en el preciso sitio donde la Asociación de Estudiantes Negros había previsto manifestar. Se imaginan el revuelo. Todos están conmocionados. Como en Oberlin, se enterarán de que no se trata de una provocación racista, sino de un happening antirracista. Dos estudiantes negros habían colgado la muñeca para interpelar. El clima no por ello se distendió. A solas, los docentes estadounidenses con quienes pude conversar me confesaron su terror de cometer el menor desacierto, su consternación frente a la moda de las "microfensas" y los safe spaces. Al no poder abordar el tema con sus alumnos, contaban conmigo para debatirlo en clase.

En Hollins, un campus reservado a las mujeres, descubrí qué tanto el carácter no mixto podía liberar a las estudiantes de la carga de estar en competencia con los machos dominantes. Pero también en qué medida a la naturaleza le horroriza el vacío y siempre se las ingenia para recrear la adversidad. En este caso, la competencia victimista estaba en pleno auge entre las estudiantes. La mayoría participó en la Women's March contra Donald Trump. Tenían todo para acercarse. Sin embargo, me impactó el clima de desconfianza que existía entre ellas.

En el comedor, las mesas se parecían a las de la cárcel de Orange Is the New Black. Las lesbianas comían entre ellas; las trans, entre ellas; las negras, entre ellas. A solas, las alumnas negras me reconocieron que no se atrevían a comentar la cuestión de la homosexualidad. Había alumnas blancas que se negaban a emitir opinión sobre el racismo, salvo para autoflagelarse. Las lesbianas, me lo contaron en confidencia, vivían aterrorizadas frente a la idea de enojar a las transgéneros. Una de ellas había sido excluida de su dormitorio a pedido de una estudiante trans por haber osado decir que 10 años de edad le parecían temprano para realizar la operación. Y que a esa edad uno no sabía aún si era gay o

trans. La alumna transexual dijo sentirse "insegura" ante el comentario y obtuvo que la otra fuera trasladada de cuarto. Así pudo permanecer en un dormitorio safe, sin lesbiana con quien debatir.

El retrato que se dibujaba al sonido de esas confidencias me dejaba pasmada. Mi único consuelo era el hecho de que tanto los profesores como los alumnos parecían concordar, en privado, en que la situación era absurda. No obstante, el miedo a ser linchado por los inquisidores del campus les impedía decirlo en voz alta.

En mi primera clase, el anfiteatro estuvo repleto. Había alumnos, pero también habitantes de la pequeña ciudad vecina, que tenían curiosidad por una francesa cuyos amigos habían sido asesinados en un atentado. En materia de empatía, los estadounidenses nunca defraudan. Fue en el momento de pasar al debate que los rostros se crisparon.

Previo advertencia de que seguramente fuera a "ofenderlas", me puse a hablar con libertad del derecho a la blasfemia, del feminismo y de la laicidad, tal y como los defiende la izquierda Charlie. Me topé con cierto éxito entre las lesbianas blancas feministas, las de mi grupo si lo pensaba en modo identitario. Pero como soy una universalista incorregible, soñaba con convencer a las demás. Se presentó el obstáculo. Mientras estaba intentando dirimir el malentendido entre Francia y Estados Unidos a propósito de la ley de signos religiosos en la escuela pública, una alumna se mostró profundamente ofendida. Desde el fondo de la sala, levantó la mano para llamarme al orden: "Usted no debería hablar del velo. El velo es un símbolo de la cultura musulmana y usted es una feminista blanca". Así empezó la función.

Le agradecí a mi interlocutora por haber resumido tan bien, en una frase, todo lo que me "ofendía" a mí en tanto francesa y feminista universalista. Hice uso de mi cultura extranjera para desdramatizar. Avisando, en varias oportunidades, que iba a continuar ofendiéndolas, robé algunas sonrisas y arranqué. A mi modo de ver, expliqué, el respeto por las culturas comienza por el conocimiento de estas. Sin confundirlo todo. Así pues, el velo no simboliza la cultura musulmana. Muchas musulmanas no lo llevan. Hay argelinas que lucharon para no tener que ponérselo y hay iraníes que todavía luchan por ello, a riesgo de terminar en la cárcel o torturadas. Quienes quieren hacer del velo el símbolo de todas las musulmanas están apoyando a los fundamentalistas, al lado de los cuales Mike Pence pasa por

un peligroso izquierdista. Esa mirada, más política y menos exótica, cambia la perspectiva del debate.

Visto desde el mundo musulmán y no desde la izquierda estadounidense, existe una pulseada a muerte entre los progresistas reaccionarios a propósito del velo. Esencializarlo como símbolo de toda la cultura musulmana es negar la violencia de esa pulseada, infantilizando a sus actores. Al igual que en el cristianismo, en el islam existen interpretaciones más o menos extremistas. Al apoyar el velo como "símbolo de la cultura musulmana", la joven izquierdista está eligiendo solidarizarse con los fundamentalistas contra una aproximación más feminista, sostenida por mujeres musulmanas a las que ella está excluyendo de esa cultura.

¿En nombre de qué? ¿Quién es ella para decidir quién tiene derecho a hablar del tema? Todos deberíamos poder debatir sobre una cuestión tan política que atañe a los derechos de las mujeres. Si no, habrán ganado las antifeministas. Esa era mi demostración. Sentí respirar a las alumnas. El techo del anfiteatro parecía más alto. El oxígeno circulaba.

Al día siguiente, para un trabajo práctico, tuvimos que ir a buscar sillas a otras aulas para que todo el mundo pudiera sentarse. Alumnas que normalmente no asistían a aquella asignatura querían estar presentes. De nuevo, avisé que iba a ofender. Las estudiantes sonrieron, comenzaban a acostumbrarse. Nadie se levantó, y eso que fue una clase sobre religión. La profesora, notable, sonreía al escucharme sacudir a sus alumnas. Establecí una nueva regla: todas debían hablar de todo, a riesgo de ofender. Una suerte de safe room para el delito de opinión. Las estudiantes, por fin, se autorizaron a debatir entre ellas. Tímidamente, temblando, pero se prestaban al juego. Sus cuerpos tiesos se aflojaban. Sus bocas se descosían. Temían a sus compañeras, pero estaban volviendo a pensar en voz alta. Y con gusto. Tan solo bastaba con neutralizar el terror que otras habían instaurado. La curiosidad de esta generación y su sed de debatir no piden otra cosa que expresarse. Lo único que falta es impedir que los tiranos dicten la ley en los campus. Y apoyar a los profesores que resisten.

Cuando me iba, un docente me agradeció con los ojos empapados de lágrimas por haber abordado temas que él se atrevía a tocar desde hacía años. Le pregunté por qué, y me contestó que temía perder su empleo. Cosa que había pasado, y muy a menudo.

En Yale, en 2015, dos profesores perdieron sus cargos por haber cuestionado la política universitaria que pretendía regular la elección de trajes "ofensivos" para Halloween. Postulaban que más bien se dejara a los alumnos discutir el tema. Ese correo se filtró. Los estudiantes se pusieron de acuerdo para echarlos.⁶⁹

69 Bradley Campbell y Jason Manning, op. Cit., pp. 18 y 38.

La pesadilla de Evergreen

La historia más loca, la que evoca las páginas más angustiosas de la novela *La mancha humana*, de Philip Roth,⁷⁰ se desarrolló en Evergreen en 2017. Una facultad de artes muy liberal en Olympia, dentro del estado de Washington. La politización de su campus adquirió un cariz tan sectario, que hasta los medios liberales se alarmaron. En cuanto a los medios conservadores, se deleitan una y otra vez con los videos filmados por los estudiantes, por lo mucho que parecen directamente sacados de una facultad norcoreana, o de una secta que habría tomado control de la universidad.

La polémica surgió de un desacuerdo entre un docente y sus alumnos a propósito del "día de la ausencia". En efecto, desde hace algún tiempo, una vez por año, las personas denominadas de color" no acuden al campus para significar lo que su ausencia supondría para la sociedad. Bret Weinstein, profesor de biología, siempre lo respetó. Progresista, militante por los derechos cívicos, judío y libertario de izquierda, siempre se opuso al racismo. Asimismo, denunció el acoso sexual vigente en algunas fraternidades de su campus anterior, cuando muy pocos profesores se alarmaban ante tales prácticas. También es un docente riguroso, que cree en la precisión y la dialéctica. Dos virtudes que sus alumnos van a reprocharle.

En pocos días, Weinstein se convierte en la peor pesadilla del campus. ¿Su crimen? En un correo por demás respetuoso, manifiesta su inquietud frente a la nueva regla impuesta por ciertos alumnos para el mencionado día de la ausencia. En lugar de pedir a las personas "de color" que boicoteen esa jornada de clases, ahora exigen que las personas blancas, alumnos y profesores, no concurran a las aulas. Cosa diametralmente distinta. Como intenta explicar Weinstein en su mail a sus alumnos, "existe una enorme diferencia entre una población que se ausenta del espacio público por su propia voluntad, para poner de relieve el rol que allí juega, y una población a la obliga a ausentarse del espacio público. Esto último me resulta inaceptable en tanto militante de los derechos cívicos, y acaso también debería decir en tanto judío. Cuando la gente comienza a decirme adónde puedo ir o no ir, en mí suena como una alerta".

Toda persona dotada de una mínima dosis de espíritu crítico capta el matiz y entiende la sinceridad antirracista

70 Publicada en 2000 en Estados Unidos, *La mancha humana* relata el desenlace de un profesor, injustamente acusado de racismo por haber dicho "zombi" en clase.

de tal distinción. Boicotear un espacio público, un campus o un bus para denunciar una discriminación es un acto progresista. Prohibirle el espacio público a alguien en virtud de su color de piel es lo contrario. ¡Es segregación! Eso es lo que intenta explicar el profesor a los estudiantes que van a agredirlo en clase, rodeándolo, golpeando las mesas y gritando: "Eh, oh! ¡Eh, oh! ¡Fuera Bret Weinstein!".

Con infinita paciencia, el pedagogo permanece calmo. Pero mientras desarrolla su argumento, los alumnos, cada vez más enajenados, lo interrumpen para insultarlo y tratarlo de racista, luego ponen fin al debate en estos términos: "Nos importan un carajo tus condiciones de blanco! Esto no es una discusión, perdiste ese derecho". El círculo de los estudiantes, numerosos y agresivos, se va cerrando como una jauría dispuesta a linchar. La policía del campus, preocupada por el cariz que está cobrando el enfrentamiento, pretende intervenir para liberar al docente. Los estudiantes enloquecen: "¡Blancos! ¡Blancos!", gritan para pedir a sus compañeros que se interpongan entre los estudiantes negros y la policía. Los agentes se ven obligados a abrirse paso a los codazos para llegar hasta el profesor y cerciorarse de que no esté herido. Estamos hablando de una pequeña estampida. Los alumnos blancos apenas son empujados para ser apartados del camino, pero los revoltosos ya disponen de la escena con la que soñaban para clamar el martirio.

Cuando convocan a sus profesores para exigir una reparación, los estudiantes negros describen un suceso muy distinto de lo que vemos en sus videos. Si nos atenemos a los policías habrían arremetido contra los alumnos blancos para agredir a los alumnos negros. Hay que oírlos relatar, con voces temblorosas, una escena digna de la película Detroit: "No olviden que ustedes nos hicieron padecer esto... Recuérdenselo cuando regresen a sus casas y besen a sus hijos blancos". Sentados como en un tribunal, paralizados, los profesores no se atreven a decir nada. Visiblemente, tienen pavor de sus propios alumnos. ¡Hasta van a dejar que los secuestren!

Unos días después, el mismo grupito de alumnos tiránicos va a retenerlos como rehenes dentro de la librería, con el objeto de que mediten sobre el hecho de no haber intercedido ante la policía (el incidente duró algunos minutos) y sobre sus privilegios de blancos. El director es el primero que se deja manipular. En su rostro se leen la culpa y el miedo. Cuando osa preguntar si puede ir al baño, el cabecilla de la

revuelta le retruca: "¡Aguántate!". El hombre baja la mirada y obedece.

El día anterior, el director ya había padecido una larga sesión de humillación en sesión plenaria. Durante dos horas, los alumnos del campus lo habían denostado, tanto a él como a su supuesta facultad liberal. Y, por supuesto, los cabecillas exigieron que el profesor de biología fuera despedido. Ni el director ni ninguno de los docentes presentes se atrevieron a contradecirlos, aun cuando los insultos se tornaron abiertamente vulgares y racistas: "¡Estás diciendo imbecilidades!", "¿Quién te crees que eres, carajo?", "¡Vete a la mierda y que se joda la policía!", "Hace cuatrocientos años que nos están haciendo este jueguito. Nosotros somos los que construimos estas ciudades, ¡teníamos una civilización mucho antes que ellos!".

Ocurrencias que van lanzando los alumnos, aplaudidos como en una secta por sus compañeros, ebrios de este nuevo poder. En un momento, pareciera que estamos inmersos en un sádico juego de telerrealidad. Cuando el director señala con el dedo a uno de los alumnos, estos estallan. "Eso no se hace, carajo. ¡Baja la mano, George!". Una alumna negra se aproxima, amenazadora. El director baja la mano y la coloca tras la espalda para inmovilizarla. Se disculpa como un esclavo por moverse cada tanto: "Hago lo que puedo". Los alumnos ríen. Encantados de ser los nuevos amos, se comportan como esclavistas, disfrutando a todas luces de semejante subversión. Con la salvedad de que son alumnos y que están sometiendo a docentes que son antirracistas.

Pero este caos absoluto no cayó del cielo. El director está cosechando su siembra. George tiene apellido. Se llama George Summer Bridges y es responsable del estado mental de sus alumnos. Fue él quien los incitó a pensar que podían llegar hasta allí.

A principio de año, colmado de buenas intenciones antirracistas, el nuevo director comenzó por obligar a sus docentes a presentarse por su "raza" y a confesar en escena sus privilegios, para disculparse al respecto. Había que ver los rostros pálidos de aquellos docentes humillados de tal modo. Sabían que acababan de perder toda legitimidad, toda oportunidad de ser respetados por sus alumnos. Caras desencajadas. Voces temblorosas. No solo de aquellos a los que se obligó a presentarse como "blancos, heterosexuales y cis". Docentes lesbianas, mujeres que son las primeras de su entorno social en poder concurrir a la universidad, debieron bajar la mirada ¡y declararse privilegiadas!

Otro día, se solicitó a todos los equipos pedagógicos que subieran juntos a una canoa imaginaria, por orden de un profesor negro que les hablaba como si fueran niños.

Antes de formar una fila, que en teoría representaba a la "canoa", acunada por falsas olas en una pantalla gigante, cada profesor se comprometía a mostrarse lo más empático posible para con los alumnos negros y a denunciar la "blanquedad". Una profesora blanca, al borde de las lágrimas, casi en trance, se puso a gritar al microfono: "¡Me niego a dejar que me consuma la blanquedad!". Ese es el tono del año universitario. No es de extrañar, pues, que unos alumnos se hayan tomado el atrevimiento de tratar con sadismo a sus profesores, totalmente deshumanizados. Ni que sean incapaces de escuchar una opinión contraria.

Los docentes blancos se vieron deslegitimados de entrada a raíz de su color, pero la universidad de todos modos encontró a un gurú blanco que escuchar: la gran sacerdotisa Robin DiAngelo. Adorada por la izquierda identitaria, esta socióloga es la creadora del dudoso concepto de "fragilidad blanca". Se trata de una noción muy sencilla: un blanco que se defiende de ser racista en realidad lo es y de manera irrefutable. El hecho de que reaccione mal si se le recrimina serlo, que pretenda argumentar, es considerado una prueba válida e innegable de su racismo. Práctico e implacable. Pedir pruebas que puedan apuntalar tal acusación equivale a dar muestras de "Racismo con mayúscula". Es más, ¿para qué pedir las? Un blanco necesariamente es racista, dado que es blanco.

La propia DiAngelo se considera racista por ser blanca: "Es inevitable para mí tener pensamientos y comportamientos

Racistas". Está todo muy claro. En lugar de hacer una buena terapia personal, la "socióloga" hace uso de categorías pseudocientíficas para convalidar un prejuicio, esencialista, que se emparenta con un pensamiento racista... Pero como bien nos ha advertido, no puede evitarlo por ser blanca. También piensa, lo dijo ante los alumnos de la Universidad Evergreen, que "solo los blancos pueden ser racistas". Porque desde luego que ni la esclavitud ni el racismo antinegros existen en ningún país árabe, donde la trata duró trece siglos, ni en el Magreb, donde a veces se los trata de cucarachas y donde los integristas les niegan su pertenencia al islam en virtud de su color de piel.

¿Cómo se puede invitar a semejantes charlatanes a escupir una propaganda de esta calaña en una universidad? DiAngelo no solo fue invitada a lavar el cerebro de los

estudiantes de Evergreen, sino que además, a cambio de eso, se le paga con creces. Su sociología de pacotilla le rinde unos 12.000 dólares por conferencia, una suma que podría financiar la beca de un alumno afroamericano desfavorecido. Pero aparentemente la institución prefiere engrosar el negocio de una blanca acomodada, cuyo comercio consiste en enseñarles a los negros a no hablar con los blancos ni a escucharlos, ya que estos son racistas por naturaleza.

Un odio de sí mismo que se está volviendo cada vez más trendy entre las celebridades. Rosanna Arquette, que ya no es noticia en el mundo del cine, de repente tuiteó: "Lamento haber nacido blanca y privilegiada. Me da asco. Tengo tanta vergüenza". ¿Para qué sirve este tipo de tuit? Aparte de inflar las filas de los supremacistas blancos, no se entiende el sentido. Pero sí se entiende mejor por qué ciertos alumnos de Evergreen, nutridos por ese odio de sí y hacia los otros, actualmente se niegan a debatir con un docente blanco, culpable por naturaleza. ¡La universidad les enseñó a ser sectarios y racistas!

La época también los incentiva. Esos jóvenes creen que cuanto más se comporten como inquisidores, más cobertura tendrán en los medios. Aquella vez, sin embargo, los estudiantes de Evergreen llegaron tan lejos que la anhelada gloria no les deparó ningún beneficio. Los videos de sus agresiones y sus insultos resultaron chocantes. Medios liberales como Vice salieron aterrorizados del lugar tras su investigación. Se imaginarán lo que pudo hacer Fox News con todo eso. Los ánimos se caldearon tanto que un neonazi terminó llamando a los medios para decir que iba a ir al campus a matar "a toda esa lacra". Una amenaza que, desde luego, alegró a nuestros profesionales de la victimización.

En un video que se hizo viral por Internet, un identitario aconseja no amenazar, sino más bien ridiculizar. A él le sale muy bien, basta con comentar de forma sobria e indolente la locura de los videos de Evergreen. Cada uno de estos excesos ceba a la derecha identitaria. Tanto en Estados Unidos como en Europa, donde el mal está sucediendo.

Caza de Brujas

La caída del Muro y el proclamado fin de las ideologías dejaron el campo libre para un retorno al tribalismo. Ya no es la Guerra Fría, sino la guerra de las identidades. La generación Y o Millennium no conoció ni la esclavitud, ni la colonización, ni la deportación, ni el estalinismo. Pero de tanto observar el mundo de manera descontextualizada y anacrónica a través de Internet, a veces se cree esclava, indígena e inclusive amenazada de exterminio. Linchar digitalmente le sirve de escuela política, de partido, de movimiento. Así aprendió a desbocarse ante el menor tuit, a vociferar más rápido que su sombra para recoger la mayor cantidad de "likes" posibles. A punto tal de convertirse en un perfecto émulo de aquellos viejos juicios de Moscú, más fáciles de organizar que nunca; hoy el marco es la universidad.

En un dossier dedicado a los "obsesivos de la raza", Étienne Girard y Hadrien Mathoux, periodistas de Marianne, describen bien la "guerra de facultades" que se está dando en Francia, en particular dentro de la sociología.⁷¹ El balance es claro: han perdido los universalistas y los identitarios están por doquier. En la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS), en las universidades de París I o París VIII, en la Escuela Normal Superior (ENS), la norma ahora es pertenecer a esa izquierda anti-Charlie Hebdo, fan de Indígenas de la República, amante de los talleres que practican la segregación entre "raceados" y "no raceados", de los juicios de intención por "islamofobia" y de las listas negras por "apropiación cultural".

En la cima de la transmisión intelectual, la "lucha de razas" ha sustituido a la "lucha de clases", y la interseccionalidad ha reemplazado a la convergencia de las luchas. Quienes proponen otra aproximación, más marxista o simplemente universalista, no permanecen demasiado. Existe un sistema de cooptación, denunciado por un joven doctorando en ciencia política que prefiere guardar el anonimato: "Si no eres bourdieusiano y no tienes apetencia por temas como el género y la raza, realmente no tienes demasiadas posibilidades de obtener un cargo".⁷² A un profesor, inclusive, le hicieron el vacío por denunciar la invitación que hizo la Universidad de Limoges a Houria Bouteldja,

71 Étienne Girard, Hadrien Mathoux, op. Cit.

72 Étienne Girard, "Comment les décoloniaux mènent la guerre des facts", en Marianne, 12-18 de abril de 2019.

miembro de Indígenas de la República: "El director de la escuela doctoral me dio a entender que no tendría más doctorandos bajo contrato mientras él estuviera allí", confiesa Stéphane Dorin a Marianne.⁷³ La izquierda posmodernista, empero, está en caída libre en la opinión pública. Cada uno de sus pronunciamientos no sirve más que para incrementar los votos de la extrema derecha. Pero se replegó en la universidad, como otrora la derecha religiosa americana, tras haber perdido el juicio del mono contra la enseñanza de la evolución. Al resguardo de esas paredes, está fabricando una nueva generación, dispuesta a encabezar la revancha cultural aprovechando nuestras bajas. En lugar de inculcarles la importancia de juzgar en función del contexto y la intención, afianza a sus estudiantes en su visión identitaria y victimista del antirracismo.⁷⁴

La generación que viene, la que comienza a conquistar cargos en el mundillo de la cultura, los medios y la política, está comprometida con la "política de la identidad". Es miembro de jurados en los festivales de cine en calidad de cupo "feminista interseccional". Lugares desde los cuales dirige la guerra contra la apropiación cultural. Lugares donde hemos pasado de la cultura de los safe spaces a la cultura de los talleres "no mixtos", reservados únicamente a los "raceados".

El carácter no mixto de la sociedad no es un drama en sí mismo. Puede servir para destrabar voces. Se entiende tratándose de un festival de cine lésbico que no tiene suficiente espacio para abrirse a todos, ni los medios necesarios para contratar un servicio de seguridad y así protegerse de los voyeurs y perversos que se acercan a insultar a las participantes. Se comprende, asimismo, cuando se trata de crear las condiciones necesarias para que hablen las víctimas de violencia sexual. Muy distinto es el caso cuando se organizan "seminarios", formaciones y debates entre militantes e intelectuales dentro de la universidad, como en París VIII, donde se excluye a los "no raceados", o sea, a los blancos. Si las víctimas de racismo desean estar entre ellas para hablar libremente, pueden hacerlo en el marco de una asociación. La universidad, por su parte, ha de seguir

73 Ibid.

74 Ese es el tema del libro coescrito por Éric Fassin, *De la question sociale à la question raciale*, que ni siquiera se toma la molestia de poner entre comillas la palabra "raza", como en Estados Unidos. Sociólogo de referencia para el diario *Le Monde* y la radio *France Culture*, gran importador de la "política de la identidad" a la americana, también es uno de los principales sostenes universitarios de Indígenas de la República, al que percibe como un "movimiento de emancipación". Una doxa que enseña en la Escuela Normal Superior a toda una generación de futuros docentes, a quienes transmite esa visión de la identidad y la apropiación cultural.

siendo un lugar abierto a todos, donde las ideas se crucen. No se puede practicar allí ningún tipo de segregación, aunque más no sea invertida.

Uno anhelaría que los campus volvieran a convertirse, ante todo, en safe spaces para el intercambio de ideas y la transmisión de una cultura común. Santuarios donde pudiera haber debates contradictorios y corteses, imposibles de llevar a cabo por Internet. Pero tales diálogos son cada vez más difíciles de organizar.

Ya hace algunos años que los inquisidores están ejerciendo abiertamente una policía del pensamiento. La censura va mucho más allá de la cuestión identitaria. Estudiantes de esta extrema izquierda atacan con mucha frecuencia, violenta y físicamente, a conferenciantes que no comparten sus creencias. Pertenezcan estos a la derecha o a la izquierda moderada, socialdemócrata y universalista. En varias universidades, ya no es posible solicitar que intervengan personalidades que desagradan a esos estudiantes sectarios, izquierdistas o islamistas. Los ponentes son perseguidos de inmediato, como en Internet, por una jauría de estudiantes desaforados que los acusan de violar el safe space de ellos.

Me pasó dos veces en la Universidad Libre de Bruselas, en 2007 y en 2012. La primera vez, fui a denunciar la política de seguridad de Nicolas Sarkozy. Tuve que pronunciar mi conferencia bajo protección policial. En la sala, unos alumnos gritaban: "Judía de mierda! ¡Francmasona! ¡Islamófoba!". Algunos me arrojaban proyectiles de papel. Otros intentaron aplastarme una torta en la cara. Sobre todo, me recriminaban el haberme opuesto a Dieudonné⁷⁵ y a Tariq Ramadan, un gurú islamista a quien esos círculos estudiantiles invitaban una y otra vez. La última mesa redonda, organizada por estudiantes turcos, había terminado negando el genocidio armenio. Descolocado, el rector estaba intentando desde entonces poner un poco de orden en su facultad. Inició un programa de trabajo, Valores, destinado a reflexionar sobre los principios de la universidad, y declaró a Tariq Ramadan persona non grata. Cosa que los estudiantes izquierdistas quisieron cobrarle: les parecía inconcebible que la universidad pudiera defender valores.

Atacar mi conferencia era una forma de sabotear tales recaudos, vividos como una forma de autoritarismo. Lo cual no impedía que los estudiantes anarquistas gritaran: "¡Abajo la

⁷⁵ Humorista, actor y militante político francés que hace alarde de posiciones abiertamente antisemitas, las cuales le valieron varias condenas judiciales y la anulación de varios de sus espectáculos. [N. de la T.]

democracia!", para interrumpirme. Los docentes presentes temblaban, atemorizados por la violencia de sus alumnos. Aquel día, vi la renuncia intelectual de frente. Aguanté dos horas sobre el ring, negándome a que me intimidaran, respondiendo a todo, aun ante los insultos. Logré conseguir algunos momentos de silencio, algunos oídos atentos e inclusive algunos aplausos. Creí ingenuamente que aquel desempeño físico -esa noche perdí dos kilos iría seguido de cierta alarma. Pues no.

Los días siguientes, el campus estuvo completamente trastocado. La profesora a cargo del programa Valores, Emmanuelle Danblon, recibió múltiples amenazas, muchas de ellas antisemitas. En lugar de apoyarla, el rector prefirió comprar la paz abandonando la iniciativa. Cuando cinco años más tarde regresé a esa institución para un debate, él ya no estaba a la cabeza. Esa vez, debía discutir sobre la extrema derecha y el racismo con dos intelectuales belgas, Hervé Hasquin y Guy Haarscher. El debate empezó bien. Pero no duró más de diez minutos. Unos sesenta estudiantes izquierdistas e islamistas, absolutamente frenéticos, comenzaron a interrumpirnos desde la sala. Uno de ellos profirió una injuria racista, a la cual respondí de inmediato, para denunciarla. No era lo que se esperaban. En el libreto imaginado por los agitadores, yo debía dejar pasar la injuria, lo cual justificaría su revuelta campesina. Reaccioné, pero el libreto de ellos estaba escrito de antemano y su meta era impedir que yo hablara. Así que de todos modos se descontrolaron. Los demás espectadores no entendían nada. Yo sí. Había visto sus llamamientos a "lapidarme simbólicamente" en las redes sociales. El operativo hasta tenía un nombre: "Burqa Bla".

Apuntaban abiertamente a cobrarme mis posiciones feministas contra el velo integral y, más aún, mis trabajos que habían demostrado el doble discurso de Tariq Ramadan. El operativo corrió por cuenta de varios de sus fans. Uno de los más extremistas, Souhail Chichah, había conseguido que lo contrataran en la Universidad Libre de Bruselas como profesor. Ebrio de rabia, se aproximó al estrado para gritarme con la cabeza cubierta con un velo. Cuando le acercamos el micrófono para que se expresara, no pudo pronunciar palabra ni argumentar. Solo se puso a tararear: "Burqa Bla Bla, Burqa Bla Bla!", para arengar a su jauría. Nunca había visto a tantos radicales al límite de la violencia física, con velo o con kufiya, sembrando el caos en una universidad. Uno de ellos llevaba un falso cinturón de

explosivos y se levantaba de su asiento para imitar a un kamikaze listo para activar su bomba. Los demás aullaban, parecían enloquecidos. Y la conferencia fue anulada.

Esa vez, por lo menos la censura generó un escándalo en la prensa belga. El docente que había preparado y dirigido el ataque fue despedido en virtud de un sumario interno que descubrió que entrenaba a sus alumnos para que contaran la cantidad de niños palestinos asesinados. El nuevo rector de la Universidad Libre de Bruselas, Didier Viviers, supo reaccionar. Yo también hice una denuncia. Contra uno de los líderes de aquel asalto que se atrevió a compararme por Internet con Anders Breivik, el terrorista nazi. Quería que las autoridades belgas tuvieran a ese grupito en la mira.

Aquella tarde, me sentí amenazada como nunca. Años después, me enteré de que uno de los organizadores del "alboroto" -así lo llamó la prensa- había estado de Siria, adonde había ido a sumarse a las filas de Estado Islámico. Ante los policías la prensa que lo interrogó, juró no haber participado en los combates. Solo quería estudiar el proyecto "humanitario" de la organización terrorista.⁷⁶ No fue arrestado. Goza de su libertad de movimiento y de regresar a mis conferencias si así lo desea.

Él entra a la universidad con más facilidad que las personas amenazadas de muerte por los islamistas. Los centros de estudiantes no tienen problema a la hora de invitar a provocadores antisemitas como Dieudonné o a pasionarias pro Hamas como Houria Bouteldja. En cambio, los miembros de Charlie Hebdo difícilmente puedan pisar el lugar para defender la libertad de expresión o la laicidad. En Estados Unidos, al igual que en Inglaterra, los dispositivos de seguridad para ponencias con amenaza de muerte por parte de grupos yihadistas cuestan tan caros, por lo menos 20.000 euros, que las invitaciones no abundan. Máxime cuando no hay duda de que los estudiantes izquierdistas e islamistas se acercarán a insultar.

En 2017, la feminista iraní Maryam Namazie fue agredida (gritos y corte de electricidad) en la Universidad de Londres por un grupo de alumnos musulmanes que clamaban que su discurso violaba el safe space de ellos. Por una vez, la institución se mantuvo firme. Lo mismo sucedió en la Facultad de Ciencia Política de París, cuando algunos estudiantes quisieron impedir una intervención de Alain Finkielkraut. La conferencia debió darse a escondidas y bajo alta seguridad.

76 "L'un des exchahuteurs de Caroline Fourest à l'Ull est allé en Syrie et s'explique", en La Libre Belgique, 14 de agosto de 2015.

¡Pero la UNEF protestó! En un comunicado, el sindicato estudiantil lamentó que el intelectual hubiera podido hablar en una universidad que el sindicato considera propia. En realidad, no se trata de preservar ningún safe space, sino que a las claras esto es una guerra de territorio e intimidación para imponer la propia visión identitaria en detrimento de los demás.

En octubre de 2019, unos estudiantes partidarios de que las parejas de mujeres accedan a la Procreación Médicamente Asistida (PMA) impidieron que Sylviane Agacinski, una feminista esencialista relativamente conservadora en la materia, hablara en la Universidad Bordeaux Montaigne. En lugar de acercarse a expresar la contradicción en un entorno calmo, amenazaron con proceder a actos violentos si la conferencia se llevaba a cabo. En lugar de resistir, la dirección del establecimiento cedió.⁷⁷

El mismo mes, la dirección de Panthéon-Sorbonne optó por anular un seminario de prevención del radicalismo ideado desde hacía dos años por Mohammed Sifaoui. El periodista de origen argelino es uno de los mayores conocedores del fenómeno, desde los atentados que azotaron Argelia y acabaron con su periódico en la década de 1990. El programa del seminario había sido diseñado en colaboración con la mezquita de París y más de ochenta imanes. Sus detractores se atrevieron a acusarlo de "islamofobia" y de no ser lo suficientemente académico, como si la prevención del radicalismo debiera prescindir de aquella experiencia. Bastó con que un puñado de asociaciones islamistas, seguidas por los sindicatos, se quejara para que el evento fuera cancelado.

Pero el punto más grotesco se alcanzó cuando unos pequeños estalinistas impidieron una conferencia del expresidente François Hollande. En el momento en que este se disponía a hablar de su libro en la Facultad de Derecho de Lille, unos cien estudiantes cercanos al sindicato Solidaires invadieron el anfiteatro gritando: "¡Hollande asesino!". Algunos inclusive rompieron varios ejemplares del libro, supuestamente para protestar contra la precariedad. Unos días antes, un joven estudiante de Lyon se había inmolado por haber perdido su beca. Quemar un maniquí delante del lugar donde el expresidente iba a hablar habría podido tener algún sentido. Romper libros tratándolo de "asesino" no tiene asidero, más allá de recordar los juicios estalinistas. De

77 Fabien Leboucq, "PMA : pourquoi la conférence de Sylviane Agacinski a-t-elle été annulée à l'université de Bordeaux?", en Libération, 27 de octubre de 2019.

tanto relativizarlo todo, los inquisidores ya no saben diferenciar entre demócrata y dictador, entre protestar y censurar.

Pero el desvarío de cierta juventud no es lo único que está en entredicho. También ha de cuestionarse la renuncia cultural de determinadas élites. ¿Hasta cuándo vamos a tolerar esta intimidación? ¿Acaso no vemos adónde nos conduce?

Conclusión

Hasta tanto la izquierda identitaria siga ridiculizando el antirracismo de manera tan liberticida y sectaria, la derecha identitaria ganará las mentes, los corazones, las tripas y luego las elecciones. De tanto defender la censura, la etnia, la religión y el particularismo le está cediendo a ella el bello rol de defender la libertad.

Qué lejos han quedado los tiempos en que la adversidad forjaba a oprimidos dignos, con la piel curtida. Nuestros antepasados sí que soportaron verdaderas humillaciones, no "microfensas". Los ofendidos de la izquierda identitaria no conocieron la violencia del combate contra la segregación, el apartheid o el nazismo. No lucharon por el derecho al aborto, ni por el derecho a amar sin ser arrestados como en Stonewall. Militan para no comer comida asiática en el comedor universitario y se niegan a hacer yoga. Su delicada epidermis se tensa ante la menor contrariedad. Una sensibilidad devenida en susceptibilidad, que ridiculiza al antirracismo.

Varios fenómenos se conjugan para explicar esa deriva. Ante todo, la legítima voluntad de luchar contra un vocabulario grosero, humillante y odioso. Si lo políticamente correcto hoy cae claramente en excesos, tampoco es cuestión de volver al lenguaje dominante y normativo de antaño. La incitación al odio, al homicidio, merece ser sancionada; el hate speech merece ser regulado, tanto en las redes sociales como en los medios. No así el humor, la creación o el sarcasmo. Sin confundir la brutalidad de una palabra o de un dibujo con aquella de un acto. Si la libertad de hablar cesa cada vez que un grupo o una persona se ofuscan, entonces el debate, la simple conversación, la propia democracia no pueden sino sofocarse. El progreso no es cuestión de aprender a callarse, sino de aprender a hablarse mejor.

Aunque excesiva, la liberación de las voces al mejor estilo #MeToo debe continuar. Es tan necesaria tras siglos de violaciones y acoso. La vergüenza que paralizaba a las víctimas hoy por fin se siente del lado de los verdugos. Así y todo, el tribunal de la opinión no puede convertirse en la justicia, aquella que examina a cargo y descargo antes de socavar la reputación de un hombre. El arma más potente para hacer evolucionar las mentalidades es fomentar un nuevo imaginario, donde cada uno pueda identificarse con mil personalidades, gracias al cine y la televisión. ¡Pero, por favor, no caigamos en una visión caricaturesca que exija películas certificadas culturalmente puras, en las que los actores solo harían los personajes que corresponden a su grupo étnico, para pronunciar diálogos políticamente correctos!

Las normas no se repelen mediante diktats o fronteras. Como tan bien expresara Ariane Mnouchkine, la inspiración es un "manantial sagrado", en el cual todos hemos de poder abrevarnos. La imitación ciertamente exige una forma de elegancia. Respetar y citar. Y en caso de existir cierta explotación comercial, esta debe dar lugar a un intercambio equitativo. En el campo del arte, la música o la literatura, el homenaje no es saqueo, sino mestizaje. Una cultura mezclada que está siendo asfixiada por los inquisidores de la identidad. Las redes sociales los incitan a cazar en jauría y a pensar en loop. Las universidades deberían enseñarles a pensar contra sí mismos, a contextualizar, a soportar la ofensa y a responderle por medio de argumentos. Lo que se produce es lo contrario. Los alumnos se creen que están en un supermercado, y no en un claustro universitario. La época sacraliza a las víctimas, y no la valentía. La renuncia responde a la intimidación.

Ese círculo infernal es lo que hay que invertir, impidiendo que suceda, negándose a importar esa visión inquisidora y sectaria de la identidad y la cultura. Con la esperanza de que el sobresalto llegue a tiempo.

Los denunciantes y alertadores existen, desde hace años, de un extremo al otro del espectro intelectual. Ya en 1987, en *The Closing of the American Mind*, el filósofo clasicista Allan Bloom señalaba los peligros del relativismo universitario. Una alerta compartida por el catedrático demócrata Arthur M. Schlesinger Jr., militante de los derechos civiles y consejero de John Fitzgerald Kennedy. Su libro, *La Désunion de l'Amérique*, se publicó en 1991 y

todavía resuena como una alerta increíblemente visionaria.⁷⁸ El autor ve venir con angustia una era "postideológica", donde las lealtades étnicas y religiosas corren el riesgo de hundir aquello que entreteje una nación. Este retorno al tribalismo separatista amenaza, a su juicio, el American way of life. En particular, se muestra intranquilo ante el cariz adoptado por la enseñanza universitaria, donde se torna imposible transmitir una historia común; critica abiertamente las derivas del multiculturalismo y la "política de identidad", su propensión liberticida contra la libertad de expresión e inclusive de blasfemar. Gérmes que pueden, a su parecer, desembocar en una "guerra cultural". En eso estamos. Sus temores se comprobaron.

Treinta años más tarde, Francis Fukuyama emite el mismo dictamen. Tras haber proclamado el fin de las ideologías, publica *Identity*, un ensayo que sigue las huellas de los estragos de renovación identitaria, sostenida por la extrema izquierda pero que, como siempre, redundará in fine en beneficio de la extrema derecha.⁷⁹ Porque encarna en mayor medida el *thymos*, "esa cuota de alma que aspira al reconocimiento de la dignidad" de una nación.⁸⁰ El autor está convencido de que la izquierda no podrá volver a un primer plano sin tener en cuenta esa alma común, en lugar de venderse a la política clientelista y fragmentaria de la política de la identidad. La salvación vendrá de una izquierda republicana a la francesa. Esa es también la opinión de Mark Lilla. En un brillante panfleto y con pruebas que apuntalan su tesis, el liberal francófilo acusa a la izquierda identitaria de haber hecho trizas la nación estadounidense. Él también aboga por el advenimiento de un progresismo universalista: "Debemos convertirnos en una izquierda republicana".⁸¹

En esa izquierda me inscribo; desde ese enfoque universalista, alerta contra la izquierda identitaria. Un sentimiento de urgencia atizado por veinte años de investigación sobre los movimientos extremistas, como el Frente Nacional o la derecha religiosa americana. Elegir el camino de la identidad jamás conduce a la igualdad, sino a la revancha.

78 Arthur Meier Schlesinger Jr., *The Disuniting of America, Reflections on a Multicultural Society*, W. W. Norton & Company; edición revisada y ampliada, 1998.

79 Francis Fukuyama, *Identity, the Demand for Dignity and the Politics of Resentment*, Profile Books, 2018.

80 *Ibid.*, p. 13.

81 Mark Lilla, *op. Cit.*, p. 31.

La crítica constructiva de la "política de identidad" o de lo "políticamente correcto" no vendrá del campo conservador. Este solo denuncia la tiranía de las minorías para restaurar el reino de los privilegiados. Solo indica los reveses del multiculturalismo para regresar al monoculturalismo. Solo se queja de lo "políticamente correcto" para poder eructar libremente. La alternativa, la auténtica, solo puede venir de los antirracistas sinceros, y esto requiere cierto coraje. Enojarse con amigos, con compañeros. Soportar ser tildado de "racista" y de "islamófobo". Tremendamente penoso. No obstante, si deseamos desactivar la guerra identitaria, no queda otra opción que desafiar la intimidación. Ese sobresalto exige no aceptar más esos juicios absurdos por apropiación cultural. Reconquistar lugares y cargos en la universidad. Volver a aprender a defender la igualdad, y no la mera la diversidad.⁸² Sin ceder a la tentación de poner a competir la lucha contra las desigualdades sociales y lucha contra la discriminación.

Los combates contra el racismo, el antisemitismo, el sexismo o la homofobia no son ni secundarios ni batallas "burguesas". La discriminación mata, destruye, envilece. Debemos continuar arremetiendo contra los prejuicios que arman esa toxicidad. Pero de manera inteligente, con el objeto real de convencer, eliminar los obstáculos, deconstruir los estereotipos, romper las cadenas de las clasificaciones étnicas, rever el reparto de roles y géneros. Soñando con identidades fluidas, con sexualidades libres, con transculturalismo y con una sociedad mestiza. Exactamente lo opuesto del mundo de la izquierda identitaria, que se nutre de la competición victimista, los antagonismos sin fin y los conflictos que encierran a la gente en sus respectivos casilleros.

Esa tiranía de la ofensa nos está sofocando. Es hora de respirar, de volver a aprender a defender la igualdad, sin dañar las libertades.

82 Tal es el alegato de Walter Benn Michaels, que prefiere los tiempos de la lucha de clases a la época de la lucha de razas. En un ensayo titulado *La Diversité contre l'égalité*, una expresión que yo también había empleado meses antes en *Le Monde*, Michaels estima que esta repentina pasión por los temas de sociedad oculta la aceptación de las desigualdades creadas por la economía de mercado: "La diversidad no es un modo de instaurar la igualdad; es un método de gestión de la desigualdad". Habrá que recuperar el aliento de un genuino pensamiento progresista contra las profundas desigualdades (Caroline Fourest, "La diversité contre l'égalité", en *Le Monde*, 17 de enero de 2008).

Agradecimientos

Como todos mis libros anteriores, este volumen le debe mucho a mi editor Christophe Bataille.

Gracias también a Olivier Nora y a todo el equipo de Grasset por este fiel gremio, que avanza por etapas y siguiendo las alertas.